

Selección



ADA CORETTI

VENCIDA POR EL ESPANTO


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

354 — Miradas de ultratumba, *Clark Carrados*.
355 — Sollozos, *Lou Carrigan*.
356 — La aldea muerta, *Ralph Barby*.
357 — Una cripta para Jezabel, *Curtis Garland*.
358 — Contrato satánico, *Clark Carrados*.

ADA CORETTI

VENCIDA POR EL ESPANTO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 359
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 37.554 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: enero, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Vanessa McQueen bebió de un trago su cuarto whisky. Quería aturdirse y no dar importancia a lo que podía depararle el porvenir. Un porvenir que dependía de lo que el prestigioso doctor Russell, de Londres, diagnosticara...

Tenía ya concertada hora de visita. Pronto, pues, sabría el resultado de las radiografías y de los análisis.

No, Vanessa McQueen no se esperaba nada bueno. Aquellos dolores de su cabeza, que resultaban tan insoportables... Aquella terrible presión en su cráneo, como si unas manos invisibles se lo presionaran despiadadamente...Aquellas agudas y escalofriantes punzadas dentro de su cerebro..., No, sinceramente no podía hacerse muchas ilusiones.

Por eso bebía un whisky tras otro. Lo que nunca hasta entonces hiciera. Lo cierto es que hasta aquel momento nadie había visto borracha, ni mucho menos, a la guapa Vanessa McQueen, cuya fortuna cuantiosísima le hacía tener tras sí a una verdadera legión de admiradores.

Pero ella se había decidido ya por uno de ellos, por Warren Reed, que sin ser un gran tipo ni tener nada de extraordinario, había sabido desde el primer momento ofrecerle un sincero respeto y un leal y profundo amor. De tal modo, que ella no había podido menos de emocionarse y aceptarle.

Sin embargo, los planes que se había hecho respecto a Warren Reed, se venían abajo. O iban a irse abajo, se lo veía venir. Así que hablara el doctor Russell... Algo malo, muy malo, debía estar pasando dentro de su cabeza.

Se tomó otro whisky, el quinto. Y ya, sin querer pensárselo más, salió de su lujosísimo apartamento. Instantes después, subía a su coche, un Cadillac último modelo.

No mucho después, por lo demás, estaba ya en la consulta del doctor Russell, ante su mesa, esperando sus ansiadas y a la vez temidas palabras. Palabras que ahora iba a pronunciar el facultativo, tras echar una ojeada al diagnóstico que tenía ante sí. Unos papeles de los que, evidentemente, dependía todo.

De pronto, para Vanessa fue como si el cielo se abriera, como si el cielo se aclarara. Como si todo en la vida volviera a sonreírle de la forma más sencilla y maravillosa. Bastó con que el doctor Russell empezara a hablar:

—Señorita McQueen, lo suyo no reviste la menor gravedad. A pesar de sus fuertes dolores de cabeza, su caso carece de toda importancia —sus palabras eran como una música. Una música deliciosa que le deleitara los oídos—. Se trata, simplemente, de un nervio excitado... Se lo explico en términos sencillos, vulgares, para que me comprenda mejor. Un nervio afectado por una excitación a la que bastarán unas pastillas que voy a recetarle, para que todo vuelva a la normalidad...

—¡Oh, doctor! —la alegría de Vanessa era tan grande que apenas le cabía dentro, casi no podía asimilarla.

Después de tantos recelos, de tantas angustias, de temerse lo peor, todo se solucionaba llanamente, con naturalidad, como si nada. Parecía un sueño.

—Así pues, voy a recetarle lo dicho... —y el doctor Russell, de mediana edad, de frente despejada, de aspecto que infundía respeto, como sin duda lo infunden todos los doctores con sus batas blancas, cogió una receta y la pluma estilográfica y se dispuso a escribir.

En aquel momento entró su enfermera.

—Doctor...

—Dígame.

—El señor Ewans acaba de llegar. Le ruega que le reciba en seguida.

—Estoy con la señorita McQueen... —adujo el doctor Russell con gesto contrariado—, y sabe usted de sobra que me disgusta mucho que me interrumpan cuando...

—Lo sé, doctor, y le pido disculpas —la enfermera se mostraba un tanto azorada—, pero el señor Ewans se halla tan trastornado... Debe haberle sucedido algo muy grave... Por eso me he permitido...

—Bueno, dígale que pase a la sala contigua —accedió—. Le atenderé ahora mismo. Usted me disculpará unos instantes, ¿verdad, señorita McQueen?

—No faltaría más —sonrió Vanessa.

Ya estaba tranquila. Ya no sentía temor, ni miedo. Podía esperar lo que fuera preciso. ¡Se sentía tan contenta!

No obstante, antes de abandonar el despacho, el doctor Russell cogió el diagnóstico de Vanessa McQueen y lo metió en la carpeta que tenía ante sí. Fue un gesto sencillo y natural. Pero la muchacha tuvo la sensación de que había hecho aquello como si estuviera... escondiendo algo. Una sensación que, a pesar suyo, no pudo evitar. Todo su cuerpo se estremeció.

Por eso, así que el doctor hubo abandonado el despacho, Vanessa se levantó de su asiento, dio la vuelta a la mesa de escritorio, alzó la tapa de la cartera y sacó su diagnóstico, que encontró entre todos.

Lo leyó.

Quedó aterrada.

Lo que acababa de decirle el doctor Russell, no era más que una mentira. Una mentira piadosa, que por el mero hecho de serlo no alteraba en nada la trágica realidad. Ella padecía un tumor maligno, inoperable. Su vida podía durar tres meses, seis, tal vez un año. Dependía de la velocidad o lentitud con que se desarrollara su terrible mal. Seguiría sufriendo, de vez en cuando, aquellos ya frecuentes dolores de cabeza, pero no tendría que soportar ningún otro padecimiento. Llegaría el final casi sin darse cuenta, de pronto, posiblemente debido a un fallo cardíaco provocado por la misma dolencia. Desde luego, en su caso habrían ciertas anomalías, que apuntarían del modo, rápido o lento, en que se estaría desenvolviendo su mal. Sólo tales síntomas indicarían cómo iba el curso de la enfermedad ya que, por lo demás, todo iría con absoluta normalidad. Tales síntomas consistirían en espantosas

alucinaciones, en terroríficas pesadillas... En casos que, despierta, no dormida, viviría con la misma intensidad que si se tratara de algo totalmente cierto y auténtico.

Oyó pasos y Vanessa McQueen se apresuró a dejar aquellos papeles tal como estaban antes, en el interior de la carpeta. Seguidamente ocupaba de nuevo su asiento.

—En fin, lo dicho, señorita McQueen, su caso no tiene importancia, ya se lo he dicho. Así que, viva bien, tranquila, disfrute de la existencia todo lo que pueda, aproveche la juventud...

Vanessa no oía ya las palabras del doctor Russell. Ahora sabía ya que sólo eran un modo como cualquier otro de no decirle que estaba condenada a morir en muy breve plazo.

Salió del dormitorio sin querer decirle al doctor Russell que había averiguado la verdad. ¿De qué iba a servirle hacerlo así? Valía más silenciar lo sucedido, hacer ver que había creído en sus palabras y marcharse de allí cuanto antes. Otra cosa no iba a llevarle más que a torturarse a sí misma.

Pero antes de llegar a su coche, se dio cuenta de lo indecisos y tambaleantes que resultaban sus pasos. Y no sólo, ciertamente, por el shock recibido, sino también porque los whiskys ingeridos estaban haciendo su efecto. No se hallaba del todo borracha, desde luego que no, pero sí se sentía muy bebida. Tenía que admitirlo.

De eso que, de nuevo ante el volante de su coche, casi no se atreviera a ponerlo en marcha. ¡Si todo se movía a su alrededor! Pero, vamos, ¿qué importancia podía tener ya lo que pudiera sucederle después de lo que ahora sabía...? Ridículo preocuparse por un posible accidente.

Le dio a la llave de contacto.

Pero ¿adónde iba a ir?

Su lujoso apartamento, situado en una de las avenidas más elegantes de la ciudad de Londres, le pareció de pronto un lugar donde forzosamente tendría que encontrarse terriblemente sola. La casa de campo de su abuelo, donde todo daba la impresión de arraigarse al pasado, tampoco le tentaba. Más que nada, porque el abuelo, a pesar de su avanzada edad, estaba aún demasiado lúcido. Hubiera comprendido en seguida que le sucedía algo muy malo y ella quería quedarse con aquella angustia, con aquella desazón, para sí sola.

Por lo demás, carecía de familiares. También, por tanto, carecía de lugares a donde poder ir. ¡Y ahora necesitaba más que nunca sentirse en una compañía agradable!

Iría a Baillman, localidad donde vivía Natalia Reed. La tía de su novio, Warren Reed. La había tratado en varias ocasiones y desde luego era una dama sumamente agradable. Vivía en una gran casona, en las afueras de Baillman. A pesar de no ser muy rica, nada le faltaba. Pasar allí unos días podía resultar agradable. Bueno, todo lo agradable que para ella podía resultar ya cualquier cosa. En sus circunstancias, todo tenía que serle sumamente amargo.

Le dio al acelerador del coche, y una hora después, tras pasar por su apartamento y llenar rápidamente un par de maletas, iba ya por la carretera que le conduciría directamente a Baillman. No tardaría más de diez o quince minutos en llegar.

De pronto, utilizó el freno. Tuvo que hacerlo, porque acababa de darse cuenta de que una gran piedra le interceptaba el paso.

Perpleja por el tamaño de la piedra, que parecía haberse desprendido de alguna rocosa ladera, sí bien allí no había ninguna, se apeó. Parpadeaba de, asombro. Aquello no lo entendía.

Aún entendió menos lo que vio a continuación. Aunque esto, más que para entenderlo, era para horrorizarse.

Allí, muy cerca, había una pierna humana. Una preciosa pierna de mujer, cortada a la altura del medio muslo. Estaba ensangrentada.

Vanessa se llevó las manos a la boca, sin duda para reprimir su grito de espanto. Desde luego era para gritar. Esto como mínimo.

Pero lo que acababa de ver, no era todo, ni muchísimo menos...

Unos metros más allá, hacia el interior del campo, sobre el que se agolpaba la niebla, estaba la otra pierna, cortada por un lugar muy parecido a la otra. Y a pocos pasos se hallaba el cuerpo de la mujer, bien formado, juncal, esbelto... Un cuerpo al que también le faltaban los brazos y la cabeza.

Los brazos, también ensangrentados, claro está, estaban a no mucha distancia, y finalmente aparecía la cabeza, siniestramente clavada en una estaca, ésta a su vez incrustada en la tierra.

Era una cabeza de una belleza asombrosa. Enormes ojos negros, perfecto óvalo de cara, labios de trazo seductor y una abundante y preciosa cabellera de color rojizo. Como si se tratara de una llamarada de fuego.

La muerte no había podido aún restar belleza a aquel rostro, que a Vanessa le pareció que aún debía estar caliente. Del cuello seccionado había fluido mucha sangre y la estaca estaba como recién pintada de rojo.

Vanessa no pudo más y gritó. ¡Si aquello era como para perder el juicio! ¡Para perderlo y no volver a recuperarlo en la vida!

Sin necesidad de más, comprendió que lo mejor que podía hacer era subir de nuevo a su coche y alejarse de allí.

Y así lo hizo, pues francamente sus nervios no estaban para dar mucho más de sí. Pensaba que lo principal era huir de aquel lugar y olvidar el hecho, si le era posible.

Pero no tardó en ver un coche detenido en la cuneta y a su joven y atlético dueño intentando arreglarlo. Y entonces se detuvo en seguida, y se fue apresuradamente hacia él.

—¡Han asesinado a una joven, y la han descuartizado! —exclamó. Fue lo primero que le dijo—. Las piernas están por un lado, los brazos por el otro, más allá está el cuerpo, y la cabeza se halla clavada en una estaca...

El joven, que tendría una estatura de un metro ochenta, y que además contaba con una espalda de campeón olímpico, la miró fijamente. Su

expresión decidida, enérgica, viril, no se había alterado en absoluto.

—Sí, es cierto...

Vanessa había comprendido que el joven no la había creído. ¿La tomaría por una perturbada mental?

—Le aseguro que es cierto... —insistió Vanessa—. Acabo de verlo yo... Es un espectáculo horrible, estremecedor...

Qué duda cabe, no la creía. Posiblemente porque Vanessa echaba olor a whisky y el joven se había dado cuenta de ello. Como también se había dado cuenta de que los pasos de la muchacha no iban ciertamente muy derechos.

—Es verdad, tiene que creerme... Unos tres kilómetros atrás, o cuatro a lo más...

—Vayamos juntos a verlo, ¿quiere? —Se ofreció finalmente el joven—. A cambio de eso, usted me lleva luego hasta Baillman, mi coche se ha estropeado y hasta que lo coja un buen mecánico...

—De acuerdo —dijo Vanessa—. Vayamos ahora mismo. Verá como no le he mentido. Después le llevaré hasta Baillman. Yo también me dirijo allí.

—Bien.

* * *

Pero cuando llegaron a aquel lugar, que Vanessa reconoció perfectamente, la piedra ya no estaba en la carretera. Ni una pierna más allá, ni luego la otra, ni tampoco el cuerpo, ni asomos de los brazos y nada absolutamente de aquella cabeza clavada en una estaca.

—¿Y era aquí...? —preguntó escéptico el joven, que antes había dicho llamarse Stanley.

Stanley Harrison. De profesión, piloto de líneas aéreas. Estaba de vacaciones. Tenía veinte días para él.

—Sí, era aquí —asintió Vanessa.

—Por lo que veo, mejor dicho, por lo que no veo, me parece que se ha equivocado de lugar.

—No, no —insistió la muchacha—, le aseguro que es aquí donde antes, apenas hace poco, he encontrado...

—Pues entonces, ¿cómo explica...? Aquí no hay nada de lo que usted me ha contado. Bien —resumió Stanley Harrison—, mejor así. Tanto mejor, ¿no le parece? Y ahora me lleva a Baillman, ¿verdad? Es lo convenido.

—Pero usted no me ha creído, sigue sin creerme —dijo Vanessa, disgustada—. Se lo noto por el tono, por la forma como se expresa.

—Francamente... —pero se detuvo, pues no era su deseo herir susceptibilidades.

—Francamente, ¿qué? —insistió Vanessa, obstinada—. Prosiga, no se quede a medias. Lo que piensa, dígamelo con toda sinceridad.

—¿De veras quiere saber lo que pienso? —preguntó Stanley Harrison, aunque un tanto temeroso de que su respuesta enojara excesivamente a la

guapa muchacha.

—Sí, quiero saberlo —asintió ella.

—Pienso que...

Pero Vanessa McQueen, nerviosa, excitada, le interrumpió:

—Sí, ya lo sé. Que estoy mal de la cabeza, que debiera estar internada en una clínica psiquiátrica.

—No es tan dramático lo que pienso, es algo mucho más normal y corriente —dijo el joven. Y añadió—: Creo, sencilla y llanamente, que ha bebido demasiados whiskys.

—¿Whiskys?

—Sí —afirmó.

—¿Se me nota?

—Huele a whisky a varios pasos de distancia. Por lo demás, desde que nos hemos encontrado no ha dado dos pasos bien dados. No le diré que se tambalee, pero...

—Vaya, que me está diciendo que estoy borracha.

—Sólo un poco animada...

—De animada, nada —aclaró Vanessa—. ¿Cómo voy a estarlo si hace poco, muy poco, me he encontrado aquí un cuerpo de mujer descuartizado...?

—Vamos, sigue con lo mismo —y sin más—. ¿Sabe qué empieza a hacerse un poco pesada? —y a continuación, menos agresivo, más conciliador —: Ande, sea una buena chica y regresemos a Baillman. Creo que es lo mejor que podemos hacer.

—Pero si yo lo he visto... —pero esta vez se interrumpió, horrorizada.

Acababa de recordar lo que ponía en su diagnóstico. En aquel diagnóstico que ella había sacado de la carpeta del doctor Russell. «En su caso existirán ciertas anomalías que apuntarán del modo, rápido o lento, en que se está desenvolviendo el mal... Tales síntomas consistirán en espantosas alucinaciones, en terroríficas pesadillas... En casos que, despierta, no dormida, vivirá con la misma intensidad que si se tratara de algo totalmente cierto y auténtico.»

—¿Qué le sucede? —preguntó Stanley Harrison al ver que se había quedado demudada.

—No, no es posible —murmuró la muchacha para sí—. No, no lo es... Yo estoy segura, segurísima, de haber visto...

Como ahora si se tambaleara, Stanley Harrison, interpretándolo a su modo, le sugirió:

—Puedo conducir yo, ¿qué le parece? Si a usted no le importa, creo que sería más conveniente. Así llegaremos los dos sanos y salvos.

La muchacha había caído, de súbito, en un estado de depresión intensa, profunda. Parecía no darse cuenta de dónde estaba, ni por qué estaba allí. Se limitó a asentir.

—Lo que usted considere mejor.

Se acercó al coche y se acomodó en el asiento delantero, dejando libre el

que correspondía al que había de llevar el volante. Este fue Stanley Harrison.

Durante el corto trayecto, hablaron poco. Apenas se cruzaron unas palabras y éstas, más que nada, para no estar callados del todo.

—Cada vez hay más niebla. No resulta agradable.

—Por aquí suele suceder a menudo. Por lo menos es lo que me tiene dicho mi prometido, Warren Reed. Yo ahora me dirijo a la casa de su tía.

—Ya me indicará dónde es. Yo haré el resto del camino a pie.

—Sí, ya le indicaré. Falta muy poco.

Instantes después se despedían.

—Muchas gracias, señorita McQueen.

—Adiós, señor Harrison.

* * *

Cuando se presentó en la casona de Natalia Reed, la dama quedó asombrada. Desde luego, por lo visto, no se esperaba su visita.

—Espero no molestarla —apuntó Vanessa al ver su reacción.

—¡Por favor, todo lo contrario! —exclamó—. Es un placer recibirte. Sólo que, con franqueza, no me había hecho a la idea de que vinieras a pasar unos días en mi compañía. Pero me encanta que estés aquí, créeme.

—Gracias, señora.

—Llámame tía Natalia —sonrió la dama—. Pronto voy a ser tu tía, ¿no? Si no estoy mal informada, la boda entre mi sobrino y tú no va a hacerse esperar mucho.

—No sé, ya veremos... —vaciló—. Creo que pronto...

—Pero, ¿y Warren? —Preguntó la dama—. ¿Sabe que has venido aquí...? Sospecho que no, porque ayer hablé con él por teléfono y no me dijo nada. Con franqueza, encuentro todo esto un poco raro... ¿Pasa algo...?

—No, nada —se esforzó Vanessa por mostrarse natural—. Sólo que, de pronto, he pensado que estaría muy a gusto unos días en su compañía.

—Me encanta que lo hayas pensado. De todos modos, tendré que telefonear a Warren y decírselo... Compréndelo, si estás aquí y no se lo digo, se enfadaría conmigo. Y se enfadaría con motivo, porque está muy enamorado de ti.

—Me parece razonable que se lo diga —admitió la muchacha.

Ya conocía la casona. Dentro de sus características, tenía cierto encanto. A ella siempre le había gustado.

—Pero me encuentro muy sola —le explicó la dama, poco después, ya ambas en la sala, la estancia arreglada y más acogedora—. Warren tiene su trabajo, sus negocios, y vive en Londres, en un pequeño apartamento, ya lo sabes. Es cierto que viene a verme tantas veces como puede, pero a veces eso no le resulta fácil. En definitiva, me paso días y días sin hablar con nadie, sin ver a nadie... Bueno —corrigió—, a excepción de la criada. Por eso —le hizo saber— me he buscado una señorita de compañía. Con ella, todo resulta ahora

más tolerable para mí... Es una muchacha muy agradable, inteligente, culta y simpática. He tenido mucha suerte dando con ella...

Poco después, Vanessa McQueen la conocía.

Era una joven de preciosas, piernas, de cuerpo bien formado, juncal, esbelto. Tenía un rostro de una belleza asombrosa. Enormes ojos negros, perfecto óvalo de cara, labios de trazo seductor y una abundante cabellera de color rojizo. Como si se tratara de una llamarada de fuego.

Vanessa se quedó pálida, lívida..

Era la misma joven que encontró «descuartizada» junto a la carretera.

Presa de la emoción experimentada, no pudo resistirlo y cayó al suelo, totalmente desvanecida.

CAPÍTULO II

Cuando volvió en sí, Vanessa McQueen se encontró echada en un sofá y ante ella vio dos rostros que reflejaban asombro y a la vez una viva preocupación.

—¡Oh, Vanessa, qué susto nos has dado! —Natalia Reed acababa de respirar hondo—. ¿Qué te ha pasado...?

—Creo..., creo... —le oyó decir a Stella., que éste era el nombre de la señorita de compañía— que ha sido por mi causa... Parece como si yo la hubiera asustado...

Vanessa no acertó a responder. Se sentía demasiado impresionada por lo que estaba ocurriendo. ¡Era como sentirse sumergida, inmersa, en medio de una espantosa pesadilla!

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó Natalia Reed—. ¿O prefieres que llamemos al doctor? Quizá sí sería conveniente...

—No, no —dijo ahora la muchacha—, ya estoy mejor. Es innecesario que venga un médico.

—¿Verdad que he sido yo, con mi presencia, la que le he hecho...? —y Stella se mostraba convencida de lo que decía—. No sé por qué, pero al mirarme, su rostro ha demostrado miedo... Miedo no —corrigió—, más bien espanto...

—Le ruego que me disculpe —dijo Vanessa—, no he podido evitarlo...

—Pero ¿por qué? —el desconcierto de Stella seguía vivo, latente, como si ciertamente no pudiera asimilar el hecho acontecido.

—Me ha recordado a una persona —repuso Vanessa—, eso es todo. No tiene importancia. La culpa es sólo mía.

Poco después, Natalia Reed, una señora ya bastante mayor, de cabellos entrecanos, había de decirle:

—He telefoneado a Warren. Se ha asustado cuando le he dicho que te habías desmayado. Me ha asegurado formalmente que antes de un par de horas estará aquí.

—No ha debido decírselo —repuso Vanessa—. Ya ve usted, ahora me encuentro perfectamente —y para constatarlo así, se incorporó, sentándose seguidamente en el sofá.

—Bien, de todos modos, así vendrá antes —sonrió la dama—. Si no, vete a saber, con eso de sus negocios...

No se engañaba la buena mujer. Prueba de ello, que así que Warren Reed llegó a la casona y vio que lo sucedido a su novia sólo había sido una falsa alarma, empezó a decir que había dejado pendiente un negocio importantísimo y que, bien a pesar suyo, iba a tener que ausentarse de nuevo.

—¿Tan pronto...? —le censuró su tía.

—Sí, es imprescindible, pero volveré de nuevo así que pueda. Os lo prometo —al decir esto miró a su prometida, que tenía puestos en él sus ojos.

Unos bonitos ojos claros que pedían protección, ayuda, que no la dejara. Pero, claro, ¿cómo iba a saber Warren Reed cuál había sido el diagnóstico del doctor Russell? En realidad, ni sabía que había ido aquella misma tarde a su consultorio. Además, su novio siempre se había tomado a la ligera sus dolores de cabeza. Nunca le había hecho demasiado caso cuando ella se lamentaba de los dolores que le aquejaban. Aunque, en honor de Warren, ella siempre, en presencia de él, quitaba importancia a la cosa y se mostraba como si su malestar fuera algo momentáneo, pasajero.

—Y la boda, ¿cuándo...? —preguntó Natalia Reed, queriendo que el ambiente se hiciera más ameno.

—Habíamos quedado en casarnos en seguida —dijo Warren—, pero vamos a tener que esperar un poco más. Tengo entre manos un negocio en el que puedo ganar veinticinco mil libras. Si no lo desatiendo, claro... No me tomes por un materialista, querida —y miró dulcemente a Vanessa—, pero unas semanas pasan pronto y ese dinero es importante para mí. ¿Sabes? —Sonrió—, no quiero que mi esposa sea la única rica... Es cuestión de puntillo, de dignidad, ¿comprendes?

—De acuerdo, esperaremos —contestó Vanessa, a quien la decisión de su prometido había aliviado más que otra cosa.

Porque sabiendo lo que ella sabía, ¿cómo iba a casarse con él? Eso era ya imposible.

—Eres muy comprensiva, querida —dijo Warren.

—Lo que tú te mereces.

Aquella noche, Warren Reed la pasó allí, pero a la mañana siguiente, bastante temprano, cogió su coche y se fue de la casona.

—Te telefonearé a menudo, querida —le dijo a Vanessa.

—Hazlo, por favor.

Así que se fue, la muchacha pensó que le iría bien dar un paseo. Centraría sus ideas, o por lo menos intentaría hacerlo. En todo caso, respiraría un poco de aire, sin testigos, sin nadie que la mirara a la cara.

Desayunó, pues aún no lo había hecho, y seguidamente se dirigió hacia Baillman, cuyas pequeñas casas veía a menos de un kilómetro de distancia.

Desde allí, desde la casona, sólo la parte norte ofrecía un terreno de cierta indudable belleza. Debida ésta, qué duda cabe, al tupido bosque que se ofrecía a quienes dirigían allí su mirada. El resto era un terreno, en asombroso contraste, seco, árido. No muy lejos pasaba la carretera.

Con pantalones téjanos y un jersey de color rojo, una indumentaria cómoda, se encaminó hacia la localidad a pasos lentos. No tenía prisa en llegar, ni tampoco en regresar. No tenía prisa en nada. Ni siquiera asimilaba en toda su amplitud y profundidad lo que le estaba sucediendo. Se sentía como acartonada, como hecha de una pieza. Como si alguien le hubiera atontado.

Iba pensando en lo que le había sucedido en la carretera, y en el cuerpo de mujer, mutilado, descuartizado, con el que se había encontrado... O mejor

dicho, con el cuerpo que había creído encontrarse. Porque, por lo visto, todo aquello no había pasado de ser una cruel y despiadada alucinación, producto de su enfermedad.

Pero ¿cómo explicarse, si de una alucinación se había tratado, que al llegar a la casona se encontrara allí, precisamente allí, con la misma persona que instantes antes había hallado muerta? No tenía lógica. No tenía sentido. No tenía explicación.

La única explicación posible era que aquélla fuera una prolongación, el final, de su terrible alucinación.

«Creo..., creo que ha sido por mi causa —recordaba las palabras de Stella, la señorita de compañía—. Parece como si yo la hubiera asustado...»

Bueno, mejor zanjar el asunto de una vez. No volver a pensar en ello, si es que ello le era posible.

En realidad, reflexionó, bastante tenía ella con pensar en sí misma, en su dramática situación, en su final ya tan próximo. Hacerse a la idea de morir a los veintidós años no resultaba nada fácil. Quería mostrarse decidida y valiente, pero sus ansias de vivir eran muy grandes, inmensas, llenas de lógica vehemencia, y algo se rebelaba dentro. Algo que terminaba convirtiéndose en lágrimas, agarrotándole de congoja el pecho y la garganta.

Lágrimas, sin embargo, que conseguía detener. De momento al menos, lo conseguía. Podía vanagloriarse, desde que leyera el diagnóstico, de que ni una sola lágrima había asomado aún, delatora, a sus ojos.

Recordó lo que, antes de salir de la casona, le había dicho Stella, ya en el vestíbulo:

—Yo de usted, señorita McQueen, pasearía por la carretera, no me metería por otros caminos. Desde que la policía acordonó Baillman, porque el preso aquel que se había escapado...

—¿Qué preso? —había preguntado ella, pero sin excesivo interés. Más bien sin ninguno.

—¿No lo leyó en los periódicos? Se trataba de Robert Edward, el asesino de cinco mujeres. Cuando era trasladado de una prisión a otra, logró escaparse... Fue por aquí, muy cerca de Baillman. Como le he dicho, la policía acordonó la localidad, rastreando por todos los lugares imaginables. Pero no, el tal sujeto no fue encontrado, igual que si la tierra se lo hubiera tragado. Sin embargo, para mí que sigue no demasiado lejos... Por eso le sugería la conveniencia...

—Bien, bien, gracias —había respondido ella, sin más.

No le había dado la menor importancia al relato. Este no había hecho mella en ella.

No obstante, ahora que iba hacia Baillman mientras la niebla se hacía por instantes cada vez más y más espesa, hasta convertirse en compacta, acababa de recordar la advertencia recibida.

Terminó encogiéndose de hombros con absoluta indiferencia. Que tal sujeto merodeara o no por allí, no podía, verdaderamente, representar mucho

para ella. Sólo representaba algo demasiado relativo como para tomarse la molestia de inquietarse.

Con otros pensamientos, que no eran precisamente recordar al condenado que se había evadido del coche celular que le conducía a una nueva prisión, la muchacha llegó a Baillman.

Una localidad que, vista de cerca, resultaba ser tal y cual se la imaginaba uno vista de lejos.

Ni agradable ni desagradable. Simplemente vulgar, sin nada en absoluto que la apartara de tal calificativo.

Vanessa pasó ante un bar. En aquel momento se dio cuenta de que tenía la boca seca. Decidió entrar y pedir una cerveza.

Ya estaba en el interior del establecimiento, apenas con tres o cuatro clientes, en una mesa apartada. Se le acercó el camarero. Ella, entonces, solicitó:

—Un whisky.

Acababa de comprender que, más que refrescar la garganta, le sería conveniente cobrar ánimos, alientos.

Ya habiendo dejado el whisky, el camarero se retiró,, y entonces ella se apresuró a coger el vaso, ansiosa por ingerir su contenido.

Pero así que su mano sujetó el vaso, otra mano, ésta de hombre, fuerte, decidida, le presionó la muñeca, inmovilizando el gesto de su brazo.

—¿Otra vez va a empezar...?

* * *

Más enojada que asombrada, o tal vez viceversa, Vanessa alzó la mirada. Se encontró con la de Stanley Harrison que le reprochaba lo que iba a hacer.

—¿Quién es usted para inmiscuirse en...?

—Acaba de despuntar el día, como quien dice —repuso Stanley—. Si ya empieza a tomar whisky, acabará el día como una cuba, y perdone lo vulgar de mi expresión... —y acto seguido, tomando asiento a su lado—: Permítame invitarla a la limonada. Esta bebida le resultará más inofensiva, créame.

—Bueno —accedió Vanessa, comprendiendo en el fondo que el joven llevaba la razón de su parte.

—Así me gusta, que una chica sepa demostrar que, además de guapa, sabe ser inteligente —y Stanley Harrison agregó—: Bebiendo más whisky de la cuenta, sólo habría de conseguir ver visiones...

—Se refiere a la mujer descuartizada que me encontré en la carretera, ¿verdad?

—Me refiero —corrigió él— a la mujer que creyó encontrar —recalcó la diferencia— en la carretera. Que no es lo mismo...

—No, no es lo mismo —admitió Vanessa, y acongojada por el peso de su sufrimiento, que hasta entonces había logrado contener, pero que ya no pudo reprimir más, se echó a llorar.

De un modo desgarrado, aunque se veía su empeño por controlarse. De la forma más desesperada, aunque se veía su deseo de no llamar la atención.

Desde luego, nadie reparaba en ella. Aquella mesa estaba en un lugar muy apartado.

Fue en aquel momento cuando Stanley comprendió que a la muchacha le sucedía algo muy serio, algo muy grave. Quiso saber qué era. Sintió la necesidad de hacerlo, para tenderle una ayuda si es que en su mano estaba el hacerlo. La chica, a pesar de sus cosas raras, le había caído simpática desde el primer momento.

—¿Qué le sucede, señorita McQueen? Dígamelo, se lo ruego. Si yo puedo hacer algo por usted...

—Lo que me sucede... —hipó Vanessa— es horrible, espantoso... Sí, no le exagero... No le exagero en absoluto...

—Si usted me lo asegura de tan convincente manera, la creo. Me veo obligado a creerla.

—Tiene usted razón, señor Harrison —dijo la muchacha—. Aquella mujer descuartizada, no fue más que una visión por mi parte... Una escalofriante y pavorosa visión... Sólo eso...

—¿Qué quiere decir exactamente? —Preguntó Stanley—. Creo que no he terminado de comprenderla bien...

Vanessa McQueen tardó bastante en responder. Pero finalmente lo hizo con toda sinceridad, porque el joven que estaba ante sí le infundía confianza. No hubiera sabido el porqué de esa confianza, pero era así.

—Estoy enferma.

—¿Enferma usted...? —inquirió, asombrado—. No me lo diga, no me lo diga. Con ese color de cara y ese brillo en los ojos... Vamos, que no me lo puedo creer.

—Tengo un tumor maligno, en el cerebro... —y a continuación, entre lágrimas, la muchacha se lo explicó todo. Incluso, claro está, los síntomas que iba a tener su terrible mal. Pesadillas, horrendas pesadillas. Pero no dormida, sería despierta.

Pesadillas de las que ya había tenido un botón de muestra. Como para perder el juicio.

—Cálmese, cálmese, y vayamos por partes... —Stanley Harrison adelantó sus manos y presionó las de ella. Vanessa sintió que un calor confortador y a la vez dulce sensación de fuerza, de protección, le recorría el cuerpo—. ¡Usted leyó el diagnóstico ayer, ¿no es eso?

—Sí.

—Poco antes de encontrarme a mí en la carretera.

—Sí.

Stanley Harrison reflexionó durante unos instantes antes de proseguir. Lo hizo con esta nueva pregunta:

—¿Y no se le ha ocurrido pensar, señorita McQueen, que, bebida, como estaba, pudo confundir los diagnósticos...? Es decir, coger uno por otro...

Pudo ver que ponía Vanessa McQueen donde pusiera otro nombre... En tal caso, sería verdad lo que le dijo el doctor Russell, no la idea que ahora la tortura a usted...

—No, no me equivoqué de diagnóstico —afirmó la muchacha—. Estoy segura de que no me equivoqué...

—No puede asegurarlo tan categóricamente. Había bebido demasiados whiskys —y sin darle vueltas innecesarias al casó—: ¿Cuántos...?

—Cuatro o cinco, no sé, ahora no lo recuerdo con exactitud.

—¿Y tiene costumbre de beber? —preguntó—. Por como la vi, presumo que no. Lo hubiera aguantado mejor.

—Era la primera vez que bebía tantos whiskys. Hasta entonces, a lo sumo, había bebido uno... Pero estaba tan nerviosa, tan inquieta, temiéndome ya lo peor... Por eso lo hice...

—La comprendo perfectamente, pero hizo mal. Con mayor motivo, porque me consta que, en efecto, se equivocó de diagnóstico. Abrió la carpeta y vio que ponía su nombre donde en realidad debía poner el de alguna otra cliente.

—No, no me equivoqué —afirmó de nuevo, pero esta vez de una forma distinta. Lo cierto es que acababa de sentir la sensación de que una pequeña luz de esperanza había empezado a brillar en el horizonte de su vida.

—Sí, se equivocó. Estoy convencido.

—¿Usted cree que eso puede ser posible...?

—Sí, sí —y presionando más sus manos—: Y para salir de dudas, ahora mismo voy a coger mi coche, que tengo ya arreglado, y voy a ir en busca del doctor Russell. Si no está en su consultorio, le buscaré donde sea que se encuentre. Me presentaré como un buen amigo suyo, lo que en verdad ya me considero...

—Gracias —esbozó una sonrisa la muchacha, o por lo menos se esforzó en esbozarla.

—Y me interesaré por su salud. Bastará simplemente con explicarle al doctor Russell lo sucedido y el error que, estoy convencido, se ha producido. Así que sepa cómo están ciertamente las cosas, me pondré de nuevo en contacto con usted y la informaré...

—Es usted muy amable. No puede imaginarse lo que le agradezco el interés que me demuestra... —las lágrimas que ahora asomaban a sus ojos, eran de gratitud.

—¿Qué le parece, a eso de las cinco aquí...? No le digo antes, porque no sé exactamente si me costará o no localizar al doctor Russell.

—Me parece muy bien, aquí a las cinco.

—En punto, porque yo seré puntual. Recuérdelo.

—De nuevo, gracias.

Aún estuvieron juntos bastante más rato. Pero ya no hablaron más del amargo e ingrato tema. Como si lo hubieran olvidado. Como si verdaderamente no existiera.

* * *

—Desgraciadamente —le había dicho el doctor Russell— la señorita McQueen no se equivocó de diagnóstico. Yo quise evitarle la amarga verdad y lo metí en la carpeta antes de salir del despacho... Lamento profundamente que ella recelara algo y lo buscara... En efecto, tiene un tumor maligno en el cerebro y sus días están contados…

Stanley Harrison salió descorazonado de la entrevista. Resultaba horrible aquella circunstancia, que daba al traste con todo lo bello que parecía que la vida podía ofrecer a una mujer tan joven y guapa como Vanessa. ¿Cómo se lo diría? No, no acertaría a dar con las palabras adecuadas. Se imaginaba sus pupilas esperanzadas clavadas en él, y él sabiendo que toda esperanza era en vano.

Se dirigió a Baillman muy despacio, como si, en el fondo, temeroso de llegar, prefiriera dilatar el momento del encuentro. Pero no, estaban citados a las cinco en punto y si no se presentaba a tiempo sería peor.

No obstante, aún llego a Baillman bastante antes de la hora indicada, así que, en lugar de acudir directamente al bar, se fue a dar una vuelta por los alrededores de la localidad.

Así se calmaría, que buena falta le estaba haciendo. ¡Y eso le sucedía a él, que jamás había perdido la serenidad ni los nervios ante ninguna circunstancia de su vida!

Se adentró en el bosque. Eligió aquel camino por casualidad, al azar. Verdaderamente, le daba lo mismo ir por un lugar que por otro.

De pronto...

Se encontró ante un hombre enorme, descomunal, de más de dos metros de altura, con brazos y piernas de gladiador. Llevaba la cabeza rapada y su cráneo brillaba de un modo siniestro. Casi tanto como sus ojos, que a las claras decían que tenía la intención de quitarle de en medio. Iba vestido con unos pantalones viejos, medio arremangados, y una descolorida camisa de manga corta.

Era un hombre que Stanley Harrison no había visto en su vida. Estaba seguro.

Por eso, sin duda, le sorprendió aquel gesto feroz, retador, con el que el intruso se le puso por delante. Le sorprendió aún más, por descontado, sus primeras palabras.

—De aquí no vas a pasar. Mejor dicho, de aquí no vas a salir vivo...

—¿Quién eres? —preguntó Stanley, manteniendo la serenidad.

Manteniéndola de un modo ciertamente elogioso. Había motivos sobrados para ponerse a temblar. Por lo menos para quedarse blanco como una sábana recién lavada.

—¿No has oído hablar del preso que se evadió del coche celular que le llevaba de una cárcel a otra..,? —El tono le salió sumamente ronco—. Pues ése soy yo.

Qué duda cabe, no le había importado lo más mínimo revelar su personalidad. Debía dar tan por descontado que Stanley Harrison no saldría de allí para contarlo, que por lo visto para él lo de menos era hablar.

—Sí, he oído mencionar a Robert Edward —dijo el joven—, el asesino de cinco mujeres. Hablaron mucho los periódicos del suceso en cuestión.

—Asesino de cinco mujeres —repuso, y su tono fue ahora aún más ronco — y pronto de un hombre.

—Pareces estar refiriéndote a mí —ironizó Stanley Harrison, y seguía manteniendo la misma serenidad que al principio de la conversación—. Lo que considero, más que nada —agregó— una bravata... si no te molesta mi sinceridad.

—¿Una bravata? —sé indignó el evadido.

—Sí —afirmó Stanley— porque para acabar conmigo no lo vas a tener nada sencillo, amigo... Te lo prevengo, ya que prefiero que te lo pienses dos veces seguidas antes de obedecer a quien te manda...

—¿Y qué te hace suponer que alguien me manda? —con sus dos metros y pico, y sus brazos y piernas de gladiador, era físicamente una excepción, pero, por la expresión torpe de su rostro, estaba claro que de inteligencia tenía muy poca.

—Yo a ti no te conozco, no te he visto nunca —repuso Stanley con voz pausada, serena—, ¿por qué ibas a querer matarme a no ser porque alguien, por algún motivo especia!...? ¿Y qué motivo es ése, lo sabes? —se lo preguntó de pronto, queriendo desconcertarle.

Casi lo consiguió. Aunque no soltó prenda. Claro, era de presumir que así sucediera.

—No esperará que sea tan idiota que le responda a esa pregunta, ¿verdad?

—No, no lo espero. Pero de veras que me gustaría saber quién te envía, tan poco ceremonioso, hacia mí.

—Bueno, basta ya de charla —y dio un par de pasos hacia adelante, con expresión de gorila que espera, en breves segundos, acabar con su inocente víctima.

Pero se llevó una sorpresa, y nada agradable por cierto, cuando vio que Stanley Harrison se ponía en plan de recibirle con todos los honores. Y creció aún más su sorpresa, cuando, ante su primera acometida, su adversario le esquivó con pleno dominio de movimientos, y no sólo eso, le puso una zancadilla y le hizo caer de bruces contra el suelo.

Se levantó tan furioso, tan indignado, que parecía verdaderamente una fiera.

Stanley Harrison siguió sin alterarse. Había aprendido karate y sabía cómo defenderse. Le sobraban métodos. Sólo que, por el bien del bestia aquel, deseaba que no le complicara demasiado las cosas. De suceder así, quizá tuviera que extralimitarse. Conocía un golpe que no fallaba, concretamente un golpe mortal en la nuez. Pero tal acción, por descontado, sólo podía justificarse en un caso extremo. El no era un asesino. El sólo era un piloto de

aviación.

—Oye, ¿por qué no dialogamos como dos buenos amigos y llegamos a un acuerdo?

Se lo preguntó luego de un par de minutos, durante los cuales Robert Edward se había afanado inútilmente en darle caza.

— ¡Fantoche de mala muerte!

Se lanzó de nuevo hacia Stanley Harrison, en esta ocasión logrando darle un fuerte puñetazo en el mentón, con lo que, sin embargo, solo consiguió hacerle tambalear. Por lo demás, la reacción de Stanley fue tan rápida y contundente que escasos segundos después el preso estaba ya tumbado en el suelo, habiendo recibido un derechazo realmente demoledor.

Un derechazo capaz de dejar fuera de combate a cualquier otro. Sin embargo, no a aquel bestia, que pletórico de facultades físicas se levantó en seguida.

Pero no le estaba gustando nada la clase de adversario que le había tocado en suerte. Creyó poder liquidarle con sólo la fuerza de sus manos y se encontraba, y bien a las claras por cierto, que para lograr su objetivo le hacía falta algo más, por lo menos un buen cuchillo.

Miró a Stanley, que no se amedrentaba ante su adversario, y optó por marcharse de allí. Ya buscaría una ocasión mejor para quitarle de en medio.

No, no lo pensó más. Retrocedió rápidamente, desapareciendo entre los tupidos árboles del bosque.

—Vaya, vaya... —murmuró Stanley.

Después dio media vuelta y se dirigió de nuevo hacia Baillman. Debía ser ya la hora de su cita con Vanessa.

CAPITULO III

Vanessa McQueen logró articular la pregunta.

—¿Qué tiene que decirme...?

Estaban en la misma mesa, en el mismo bar. Ella, por lo demás, llevaba los mismos pantalones téjanos y el mismo jersey de color rojo.

—Antes de nada, prométame que me escuchará hasta el final. Prométamelo.

—¿Eso significa que..., que.,.? —había ya comprendido que las palabras del doctor Russell habían ratificado su sentencia.

—No se equivocó usted al leer el diagnóstico, señorita McQueen —dijo Stanley Harrison—. Decía, exactamente, lo que usted leyó... Pero no, no se desespere —se apresuró a proseguir—, yo estoy plenamente convencido, ahora aún más que antes, de que usted no está enferma. Simplemente —aclaró— ha caído en manos de un desaprensivo...

—¿Desaprensivo? —no había comprendido bien.

—Sí, eso he dicho. Por lo que le ruego que, con serenidad, me escuche hasta el final, y no sólo eso, sino que también me responda a unas cuantas preguntas. Son de vital importancia.

—¿Adonde quiere ir a parar? Por lo visto intenta desconcertarme.

—Quiero ayudarla, esto es todo, y voy a hacerlo a poco que usted me facilite las cosas. En principio, se lo repito, está en manos de un desaprensivo, el doctor Russell... Aunque —puntualizó— ignoro los motivos que pueda tener para...

—Estoy hecha un lio, señor Harrison. Sus palabras no tienen lógica ni sentido... Pero si, tienen sentido y lógica —se corrigió a sí misma— usted intenta, como sea, sacarme de la desesperación que siento por saberme con una enfermedad incurable, que en muy breve plazo acabará implacablemente con mi vida.

—De eso, nada, de lo por seguro, señorita McQueen. Usted seguirá viviendo, tan campante, ya lo verá. He sacado mis propias conclusiones...

—No, no le comprendo —quería aferrarse a una esperanza, pero su propio anhelo le parecía ridículo.

—Acabo de encontrarme con Robert Edward, y ha querido matarme... —dijo Stanley Harrison.

—¿Robert Edward? ¿Quién es? ¡Ah, sí, el asesino que se escapó del coche celular...!

—No le conocía de nada, no le había visto nunca, pero sí, ha querido matarme... Y ha estado claro, como un rayo de luz, que alguien le ha enviado, que alguien le ha dado esa orden... Y yo me pregunto, ¿por qué...? ¿Por qué, de pronto, estorbo tanto a alguien...? ¿Qué he hecho yo para que, quien sea, se tome tantas molestias conmigo? Y llego a una respuesta, sólo a una.

—¿A cuál?

—Que a alguien le ha sentado mal, muy mal, que yo fuera a preguntar por su salud al doctor Russell. Y si le ha molestado tanto, ha sido, no porque sea cierto el tal diagnóstico, si no por lo contrario, cae por su peso... Porque no se ajusta a la verdad...

—Todo esto peca de muy novelesco, desgraciadamente para mí.

—Se ajusta a la realidad de los hechos. Que yo haya metido mis narices en ese asunto, sólo puede molestar si el tal asunto es falso... No hace falta ser un lince para comprenderlo así...

—¿Usted cree? —su voz ya no temblaba tanto como al principio. Pero casi al acto—: ¡Por Dios, es insensato pensar eso! ¿Por qué el doctor Russell iba a pretender llevar a cabo una broma tan macabra...?

—Es lo que me falta por saber, pero lo voy a averiguar en seguida. No creo que me resulte difícil, pero antes, para facilitarme el terreno, respóndame a unas preguntas.

—A todas las que usted quiera.

—¿Es usted rica, señorita McQueen?

—Sí —contestó.

—¿Mucho?

—Sí —volvió a asentir.

—En el caso que usted falleciera, ¿quién heredaría su fortuna?

—Sólo tengo a mi abuelo.

—¿Qué edad tiene su abuelo?

—Ochenta y tres años.

—¿Se llevan bien?

—Sí, perfectamente. Pero ochenta y tres años son muchos y los ruidos de la ciudad le aturden, de eso que viva en el campo, rodeado de silencio y de calma. Yo le visito frecuentemente, pero tengo un apartamento en Londres, a mí me gustan las fiestas y el bullicio, soy joven... Bueno, quiero decirle que a veces pasamos varias semanas sin vernos, pero eso no significa nada malo. Nos tenemos mucho cariño.

—¿Qué me cuenta de su prometido?

—Se llama Warren Reed. Nos prometimos hará unos seis meses. Es una excelente persona.

—¿Tiene dinero?

—Su posición es decorosa, sin más. Pero está empeñado en hacer dinero, para que así la única rica no sea yo.

—¿Le ha dicho a su novio cuál ha sido el diagnóstico del doctor Russell?

—No.

—¿Por qué no?

—Iba a sufrir innecesariamente. Además, él mismo, sin saberlo, me ha dado facilidades para callar...—íbamos a casarnos pronto, lo teníamos ya casi todo planeado. Pero por lo visto está metido en un negocio que puede reportarle unas buenas ganancias, y me ha pedido demorar un poco la fecha de la boda. Así las cosas, de momento puedo callar y no hacerle sufrir. ¿No le

parece lo mejor?

—Eso es cosa suya, señorita McQueen —luego agregó—: Pero lo mejor es que no diga a nadie el trato que ha iniciado conmigo... Ni a su prometido, ni a Natalia Reed, ni a su abuelo, ni a nadie en absoluto.

—Y eso, ¿por qué? —quiso saber la muchacha.,

—Si el doctor Russell es un desaprensivo, es porque alguien le paga por serlo, ¿no es esto lo más lógico de suponer? Pues mientras no sepamos quién es esa persona, lo razonable es silenciar hasta el máximo... —se detuvo—. ¿De acuerdo, señorita McQueen?

—Sí —dijo ella.

—Empezaré por conocer a su abuelo. ¿Quiere decirme dónde vive?

—¿Conocer a mi abuelo...? —se asombró Vanessa.

—Claro.

—Francamente, no me esperaba...

—Si usted muriera, su fortuna iría a parar a sus manos. Es su único pariente, usted misma me lo ha dicho así, ¿no?

—Sí, eso le he dicho. Pero le he dicho también que nos tenemos mucho cariño y...

—A pesar de eso —le interrumpió—, conocerle y hablar un poco con él se hace inevitable.

—Si usted lo asegura....

—Sin lugar a dudas. Pero, para estar más en lo que hago, anticípeme algo...

—Hable.

—¿Con su abuelo vive alguna persona que merezca sus especiales simpatías? Me refiero a alguna persona que pueda esperar que, de morir su abuelo, su dinero vaya para él...

—Siempre he dado por descontado —repuso Vanessa— que si muriera mi abuelo lo suyo sería para mí. Pero ahora que me lo dice, tiene un criado hace más de veinte años y éste quizá espera que... Bien mirado, a mí me basta y me sobra con lo que ya tengo.

—Ya no necesito saber más. A propósito —cambió el tema, aunque en realidad venía a ser el mismo—, no creo que vuelva a sufrir alucinaciones, señorita McQueen. Pero de sufrirlas, va a hacer una cosa...

—¿Qué?

—Demostrarse a sí misma que no son alucinaciones y que, por lo tanto, no son producto de su enfermedad.

—¿Cómo hacerlo?

—Si se encuentra en un nuevo caso como el ya vivido, o simplemente parecido, apodérese de algún detalle, objeto, o lo que sea, que luego pueda demostrarle que lo vivido ha sido auténtico. ¿Me ha comprendido?

—Sí.

—Y mientras no volvamos a vernos, vaya con cuidado, no se fíe de nadie y sincérese poco con todo el mundo.

—De acuerdo. Pero, ¿tardaré mucho en volver a verle, señor Harrison? —hubo anhelo en el tono de su voz.

—El jueves aquí, a la misma hora de hoy. ¿Le parece bien?

—Sí, muy bien. Y nuevamente gracias... —pero Vanessa se llevo las manos a la frente, porque de pronto le acometió un fuerte dolor de cabeza.

Conocía de sobra esos dolores de cabeza que resultaban tan insoportables... Aquella terrible presión en el cráneo, como si unas manos invisibles se lo presionaran despiadadamente... Aquellas agudas y escalofriantes punzadas dentro de su cerebro... Sí, conocía de sobras lo que le había llevado al consultorio del doctor Russell...

—¿Qué le pasa? —preguntó Stanley viendo el gesto que había crispado su bonito rostro.

Vanessa se lo dijo.

—¿Le sucede muy a menudo? —preguntó luego.

—De vez en cuando...

—¿Sabría decirme si tales dolores coinciden con las visitas que hace a casa de su abuelo?

—No sé..., no recuerdo... —Vanessa se mostraba otra vez visiblemente desconcertada.

—Bueno, no tiene importancia. De todas maneras, el asunto ese lo arreglaré yo. Pero, por favor, señorita McQueen, no sufra creyéndose enferma, esto ante todo. Usted está sana y vivirá cien años.

—Con algo menos me conformaría.

—Y otra cosa, no coma ni beba nada que no beban ni coman los demás... Por si acaso. Tomar precauciones nunca está de más. .

—¿Qué sospecha? —preguntó—. ¿Acaso que estos dolores que experimento pueden ser provocados por alguien, que me da algo...?

—Eso, exactamente. Así que, lo dicho, no se fíe de nadie y obre con prudencia en todo momento.

—Así lo haré. Le obedeceré en todo, señor Harrison.

—Un último ruego...

—Concedido.

—Llámeme Stanley, éste es mi nombre —y sonrió abiertamente a la muchacha.

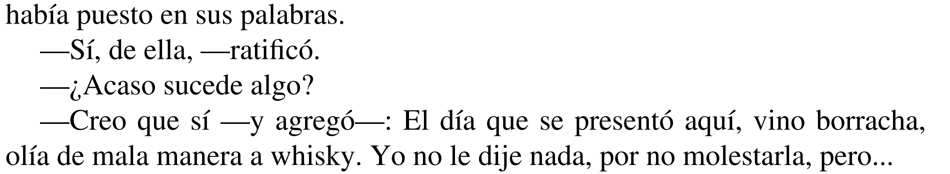
—Usted llámeme Vanessa. Es el mío —y le devolvió la sonrisa.

* * *

Warren Reed acababa de llegar a la casona de su tía. Se sorprendió al saber que Vanessa no estaba.

—En seguida volverá, no te preocupes —le dijo Natalia Reed. Quien al poco había de añadir—: En realidad, me alegro que esté ausente. Deseo hablarte de ella.

—¿De Vanessa? —se había sorprendido ante el tono contenido que su tía


había puesto en sus palabras.

—Sí, de ella, —ratificó.

—¿Acaso sucede algo?

—Creo que sí —y agregó—: El día que se presentó aquí, vino borracha, olía de mala manera a whisky. Yo no le dije nada, por no molestarla, pero...

—¿Vanessa borracha? —Su novio hizo un gesto escéptico—. No me lo puedo creer, tía. Figuraciones tuyas,

—Sí, sí, vino muy bebida, te lo aseguro. Pero lo peor no fue eso, si no la expresión con que llegó...

—¿Su expresión?

—Sí. Quería disimular que le sucedía algo, pero no podía. Además, desde entonces sigue estando muy rara.

—¿Tú crees...?

—Seguro. Por eso te lo digo. Creo que sería conveniente, que ahora que tú estás aquí, le dediques un poco más de atención e intentes averiguar, si ello te es posible, lo que le sucede. Me temo que no sea nada bueno.

—Pero, ¿qué va a sucederle? Todo le va bien —y aclaró—; Todo va perfectamente entre nosotros. Dentro de unos meses nos casaremos, seremos muy felices y...

—Sí, todo esto me parece estupendo, no voy a negártelo. Pero vigílala, Warren, estate con ella e intenta averiguar si le sucede algo anormal. Yo, con franqueza te lo digo, no estoy tranquila. Desde que se desmayó al ver a Stella, mi señorita de compañía, no sé, no sé ciertamente qué pensar...

—Bueno, tía, seguiré tus consejos. No quiero que me taches de irresponsable —pero daba la impresión de que le respondía así más por tranquilizarla que por otra cosa.

—Y no retrases mucho la boda... —insinuó Natalia Reed tras un breve carraspeo.

—Sólo un poco —dijo él—, hasta que concluya con ese negocio.

—Piensa..., piensa que...

—¿Qué?

—Que Vanessa es muy rica y que te costará encontrar otra que lo fuera tanto.

—Yo la quiero —repuso Warren—. No me caso con su dinero, tía.

—Pero el dinero nunca es de desdeñar, y mirado así el asunto, has de convenir conmigo en que si tanto alargas la boda, otro podría quitártela... Podría ella enamorarse de otro, ¿no?

—Si eso sucediera —dijo Warren, sin alterarse—, yo sería el primero en querer que ella renunciara a mí. Una pareja no puede unirse para siempre sin que exista un verdadero amor.

—Puede que entiendas mucho de romanticismo, pero me da que entiendes poco de matemáticas.

—Quizá. Y a propósito, ¿verdad que no vas a tomarte a mal que haya invitado a cenar a un buen amigo mío? Se llama Henry Starr y es gerente de

una importante fábrica textil. Es con él con quien voy a llevar a cabo el negocio del que os hablé.

—Me parece muy bien que le hayas invitado —sonrió Natalia Reed—. Para cuanto gustes, ya lo sabes, ésta es tu casa.

—Gracias, tía.

CAPÍTULO IV

Vanessa McQueen se decidió a regresar a la casona y subió a su Cadillac, dándole a la llave de contacto.

Había oscurecido mucho, cubriéndose el cielo de espesos nubarrones. No le hubiera extrañado que de pronto cayera una buena borrasca.

Lo mejor era llegar cuanto antes a la casona. Pero, claro, apenas estaba a un kilómetro de allí. En su coche último modelo, en breves minutos llegaría.

Sin embargo, así que giró la primera curva de la carretera, se apercibió que se le estaba desinflando una de las ruedas traseras. El coche perdía velocidad. Ella lo hizo parar.

—Es la rueda de atrás, se le ha pinchado... —oyó que le decía un joven alto, delgado y pecoso, que llevaba mono de mecánico—. ¿Quiere que se la cambie yo? Trabajo en la gasolinera que acaba de dejar atrás... —y se la indicó.

En efecto, una pequeña gasolinera se hallaba allí, muy cerca, en la misma curva de la carretera.

—Sí, cámbieme la rueda, por favor —le dijo Vanessa—. Se lo agradeceré mucho.

—Ahora mismo.

El joven alto, delgado y pecoso, se apresuró a complacer a la bonita muchacha, que tenía todo el aspecto de que iba a darle una buena propina.

Entretanto, Vanessa se apeó. Daría unos cuantos pasos por allí.

Pero apenas se hubo alejado unos veinte metros, no más porque la niebla se estaba mezclando con la oscuridad de los nubarrones y el ambiente no resultaba nada acogedor, cuando Vanessa McQueen vio aparecer ante sí, de entre unos matorrales, a un hombre descomunal.

Un hombre alto, muy corpulento, con la cabeza rapada, que con gesto feroz dio la sensación de querer abalanzarse hacia ella.

Vanessa gritó, retrocediendo.

El hombre avanzó y ella gritó otra vez, volviendo a retroceder.

Aquel hombre parecía una bestia. Sin duda se trataba, a juzgar por sus características, de Robert Edward, el asesino de cinco mujeres. El mismo que también había pretendido matar a Stanley Harrison.

Volvió a gritar ante el nuevo gesto feroz de aquel hombre. Pero esta vez miró hacia atrás, hacia donde se hallaba el mecánico. Buscaba ayuda, protección.

No la encontró, por la sencilla razón de que el mecánico seguía con su tarea, no habiendo oído sus gritos.

Pero, ¿cómo no iba a oírlos si ella estaba a tan pocos metros de donde él se hallaba? Además, por lo visto tampoco se había percatado de la presencia de aquel hombre, inadmisible, completamente incomprensible, pues aquel hombre no podía pasar inadvertido. Tenía todo el aspecto de una feroz e

inmunda bestia.

Volvió a gritar, esta vez, más que nada, para ver cómo reaccionaba el mecánico.

No reaccionó. Como si no la oyeron. O como si ella no hubiera gritado. Seguía cambiando la rueda.

El hombre de la cabeza rapada, finalmente, retrocedió a su vez. Por lo visto su intención no había sido darle caza, queriendo simplemente asustarla.

Vanessa regresó junto a su Cadillac jadeante. No terminaba de explicarse aquello. Resultaba incomprensible.

—Ya está arreglado el desperfecto —le dijo pocos instantes después el mecánico, con la sonrisa en los labios—. Aquí no ha pasado nada.

—¿Cuánto le debo? —preguntó Vanessa, incapaz de pronunciar otras palabras.

—Lo que a usted le parezca.

—Tome.

— ¡Muchísimas gracias! — la muchacha había sido tan rumbosa que al joven se le escapó un silbido.

—Yo a usted, me ha sacado del apuro... Adiós... —de nuevo puso el coche en marcha.

Lo hizo rápidamente, con precipitación. Quería alejarse de allí lo antes posible.

En aquel preciso instante empezó a llover. Un chaparrón de verano, de esos que apenas dura unos instantes.

Pero éste duró algo más, pues al llegar a la casona aún seguía lloviendo y mucho, para ser exactos.

Antes de salir del coche, se abrió la puerta de la casona y Vanessa McQueen vio aparecer a Stella, la señorita de compañía, con un paraguas ya abierto.

Stella se dio prisa por ir hacia el coche.

—¡Qué manera de llover! Bueno, con este paraguas no se mojará... —lo dijo con amabilidad.

—Muy amable —contestó Vanessa. Amparadas ambas por el paraguas, penetraron en el interior de la casa. Ya allí, en el vestíbulo, Vanessa se quedó mirando fijamente a la hermosa Stella, no pudiendo menos de preguntarle.

—¿Por qué está usted aquí...? Cada vez me lo explico menos.

—No la entiendo —dijo Stella, si bien un poco sofocada.

—Quiero decir, que es usted demasiado joven y hermosa para conformarse con un empleo como el que ahora desempeña. En realidad, la tía de mi novio no es más que una señora de edad, una dama junto a la que usted, forzosamente, tiene que sentirse desplazada... A sus años lo lógico es... Pero, se lo ruego, discúlpeme... —le había sabido mal inmiscuirse en su vida. No, no tenía que haberlo hecho,

—No se preocupe, me hago cargo de que opine así —un gesto triste había aparecido en el hermoso rostro de la joven—. La comprendo perfectamente.

¡Pero si usted supiera!

—Si supiera, ¿qué? —sentía curiosidad.

No, no podía evitar que su curiosidad fuera mayor que su deseo de ser discreta.

—Hasta ahora —dijo Stella— mí vida no ha sido precisamente un camino de flores. Todo ha sido muy duro y amargo para mí. A veces, el ser joven y guapa no sirve más que para crear problemas... Pero no debo contarle más —de súbito, sus ojos se habían llenado de lágrimas—, usted podría decírselo a la señora Reed y ella quizá me despidiera.

Se compadeció de Stella.

—Por mi culpa no va a despedirla. Esto puede darlo por seguro.

—¿De veras...?

—De veras —afirmó.

—Siendo así, casi me hará bien sincerarme con usted —y añadió tras una pausa—: Desde los dieciocho años he trabajado de corista, no he sido todo lo buena que debiera, lo admito... Pero una se hace al ambiente, termina familiarizándose y conformándose con lo que tiene, y sigue en lo mismo... Pero a mí me pasó algo inesperado... Cuando menos me lo esperaba, se me presentó mi hermana gemela, a la que hacía varios años que no veía...

—¿Su hermana gemela? —y Vanessa McQueen había dado un respingo.

—Sí, eso he dicho —repuso Stella, sin reparar en la reacción de la muchacha—. A ella las cosas le habían ido bien, se había casado, era feliz... Me dijo que yo tenía que dejar el escenario y empezar, como fuera, una nueva vida. Me convenció...

— ¿Y qué más? —inquirió Vanessa.

—Miré los anuncios del periódico y vi que solicitaban una señorita de compañía. Pensé que no estaba mal, aunque sólo fuera para empezar. Y aquí estoy... Lo que no me gusta nada —añadió— es que no he vuelto a ver a mi hermana, y eso me tiene un poco preocupada. Me dijo que vendría a visitarme a la primera ocasión, que entonces hablaríamos de cómo encauzar nuevamente mi vida, pero aún la estoy esperando...

—¿Le dijo que vendría a verla?

—Sí, y me extraña que no haya cumplido su promesa. No va con su temperamento faltar a lo dicho.

—¿No ha avisado a la policía?

—¿A la policía? —se asustó.

—Tal vez le haya sucedido algo malo...

—No, no creo —pero no muy convencida de eso, añadió—: Bueno, si la semana que viene sigue sin presentarse, entonces quizá sí... Aunque ignoro dónde vive y quién es su marido...

La conversación queda cortada al llegar a este punto. Había aparecido Warren Reed.

—¿Eres tú, querida? Me alegro que ya estés aquí. Qué manera de llover, ¿eh?

—Hola, Warren.

—Ven, querida, te voy a presentar a mi amigo Henry Starr. Le he invitado a cenar.

Henry Starr se hallaba en la sala, con Natalia Reed. Estaba tomando unos combinados. Al ver aparecer a Warren y Vanessa, se puso gentilmente en pie.

—Esta es mi prometida... Este es mi amigo Henry Starr, agente de una importante fábrica textil—. Warren acababa de hacer la presentación de un modo natural.

Vanessa McQueen sintió que se tambaleaba. Esto en un principio. Luego notó que sus dientes empezaban a dar unos contra los otros.

—Mucho gusto, señorita McQueen. Warren me había hablado tanto de usted; que verdaderamente tenía deseos de conocerla.

—Encantada...

Sus dientes seguían dando unos contra los otros, porque Henry Starr era alto, delgado y pecoso. ¡Era el mecánico que le había cambiado la rueda de su coche! O su doble.

* * *

—Te has puesto muy pálida —dijo Warren—. ¿Te pasa algo, querida?

—No, Warren, no es nada —y tras respirar hondo—. Por favor, discúlpenme unos instantes. Voy a cambiarme para la cena.

Se dirigió escaleras arriba, esforzándose por no perder los nervios, por mantener en lo posible la serenidad.

Pero así que se puso el traje que iba a llevar durante la cena, sólo con dos tiras sobre los hombros, estampado, con bastante vuelo en la falda, se dijo que ella no podía dejar «aquello» a medias. Tenía que saber a qué atenerse. Tenía que averiguar si de nuevo había sufrido una horrible alucinación o si, por el contrario, lo sucedido era real, auténtico. Sí, tenía que averiguarlo.

Así, pues, optó por salir de su habitación y por dirigirse, con discreción, sin que nadie la viera, hacia la puerta trasera.

Por allí salió de la casona.

Se fue casi corriendo hacia Baillman, por la carretera. Había dejado de llover y eso le facilitaba las cosas.

Pero no, no llegó a Baillman. No era esa localidad lo que ella buscaba. Buscaba simplemente la gasolinera situada en la curva de la carretera.

Al llegar allí, se encontró con un hombre de mediana edad.

—Por favor, quisiera hablar con su mecánico...

—¿Mi mecánico? —se asombró el hombre.

—Sí, aquel joven alto, delgado y pecoso...

—No conozco a ningún joven de tales características físicas. Además, yo soy el único que trabajo aquí.

—¿Cómo dice...?

—Eso, que soy el único que trabaja en esta gasolinera. Aquí hay poco

trabajo, ¿sabe?, y yo me basto para todo lo que se presente.

—Bueno, perdone...

Se alejó de allí, encaminándose de nuevo hacía la casona. ¿Querían que perdiera la razón o la estaba perdiendo de verdad?

Empezaba a sentirse verdaderamente desquiciada. A ese paso, los nervios le jugarían una mala pasada. Todo aquello que le estaba sucediendo, no había quien lo soportara.

De pronto, sus pies quedaron clavados en el suelo. Toda ella se inmovilizó, paralizada de horror, de espanto.

Allí tenía, a pocos metros, el cadáver del joven que le había cambiado la rueda de su coche. Le habían asesinado, asestándole varias cuchilladas. Por lo menos media docena. Se hallaba todo su cuerpo inundado de sangre. El arma homicida estaba incrustada en su corazón, en la última cuchillada proferida. Incrustada allí, hasta su misma empuñadura.

«Lo estoy viendo... No, no es una pesadilla, no es una alucinación... —pensó Vanessa—. Sin embargo, luego todo esto habrá desaparecido, se habrá esfumado, lo presiento... Sucederá igual que la otra vez... Debo hacer lo que me dijo Stanley, asegurarme de que es un hecho real...»

Se acercó al cadáver. Luego, dobló el borde de su vestido estampado y lo acercó a la sangre que había cubriendo aquel cuerpo sin vida, pero aún caliente. Lo manchó con aquel líquido rojo, viscoso. Lo hizo a sabiendas. Después volvió a colocar el borde del vestido en su posición correcta. No, no se veían las manchas de sangre.

Corrió hacia la gasolinera.

—Señor..., señor... allí hay un joven muerto.

El hombre de mediana edad pestañeó.

—¿Qué dice, muchacha?

—Muerto, muerto a cuchilladas... Venga conmigo y lo verá... Es algo horrible, espantoso... Está aquí cerca...

Pero cuando llegaron allí, lo que Vanessa McQueen ya se temía, el cadáver del joven ya no se hallaba en aquel lugar. Ni rastro de su presencia. Había desaparecido.

Sin embargo, en la casona seguía el mismo joven, Henry Starr, alto, delgado y pecoso.

Este elegantemente vestido. Quien al verla aparecer, dijo:

—Me has dicho varias veces, Warren, que tu novia era encantadora, pero con franqueza, aún te quedabas corto. Es sencillamente maravillosa.

—Muy gentil, señor Starr —pero Vanessa McQueen tuvo que hacer increíbles esfuerzos por contener el tumulto de emociones que amenazaban con privarle del conocimiento.

CAPÍTULO V

Stanley Harrison había estado visitando al abuelo de Vanessa McQueen. Le dijo que era un buen amigo de la muchacha y que ésta le había rogado, sabiendo que se dirigía hacia aquel lugar, que pasara a saludarle.

El abuelo de la muchacha se interesó mucho por ella, recalcando el hecho de que últimamente la veía algo inquieta y desasosegada. Pero no debía saber nada relacionado con aquellos, fuertes dolores de cabeza, pues no hizo alusión a este punto.

Stanley había procurado averiguar qué clase de persona era en realidad aquel hombre ya tan mayor, que iba de un lado para otro con pasos pequeños y vacilantes. Pero, ciertamente, había prestado especial atención a su criado, a aquel sirviente que llevaba más de veinte años a sus órdenes.

Se trataba de un hombre de unos cincuenta años, de regular estatura, muy atento, muy respetuoso. Se llamaba Max.

Por lo tanto, Max por aquí, Max por allá. El abuelo de Vanessa continuamente le estaba pidiendo cosas. Puede decirse que no le dejaba tiempo ni para respirar. Por lo visto le hubiera resultado muy difícil tener que prescindir de él.

—Ya se sabe —le había dicho Max en un momento en que el abuelo de Vanessa se ausentó—, a sus años se vuelven como niños... Yo procuro ser todo lo comprensivo y tolerante que puedo... Llevo ya tantos años a su servicio...

Cuando el abuelo de Vanessa regresó, le preguntó a Stanley dónde se hallaba actualmente su nieta.

Stanley se lo dijo, en la casona de Natalia Reed, la tía de su prometido. Por lo visto iba a permanecer allí unos cuantos días, tal vez incluso algunas semanas.

El abuelo de la muchacha frunció el entrecejo, y no tardó en asegurar que aquello no le gustaba nada, tal vez porque Warren Reed tampoco le había gustado nunca.

—¿No...? —Stanley quería saber el porqué de aquel desagrado.

—Le falta dinero —dijo el abuelo—. Es su mayor defecto.

—El dinero no es lo principal... —apuntó Stanley—. Bueno, yo al menos lo considero así.

—Yo opino de distinta forma. El dinero es la base de todo —y volviéndose hacia su sirviente—. ¿No opinas como yo, Max?

—Sí, sí señor —asintió Max—. Desde luego el dinero es la base de todo.

Sin embargo, dio la sensación de que asentía a eso como hubiera podido haber asentido a cualquier otra cosa.

Esto, más o menos, fue todo lo que sucedió en la casa de campo del abuelo de Vanessa McQueen.

Después, Stanley Harrison salió de allí y se decidió, ya en Londres, a

dedicarse por entero al doctor Russell.

Tenía que conocer cómo se desenvolvía su vida... No sólo lo que todo el mundo pudiera ya saber, también lo que, sin lugar a dudas, permanecía oculto. Lo que él debía estar afanándose celosamente por ocultar a los ojos de los demás. Algún misterio. Algún secreto. Algo así tenía que haber en aquella existencia. Estaba convencido de ello.

Y, en efecto, investigando, pronto llegó a saber de qué se trataba. Aunque para eso, por descontado, tuvo que sacar a relucir unas cuantas propinas, y bastante generosas por cierto.

La existencia del doctor Russell se desenvolvía con toda normalidad, pero eso sólo durante las horas del día. De día, el consultorio, sus enfermos, la clínica en la que intervenía quirúrgicamente, todo normal y corriente. Pero por las noches, rara era la vez que no abandonaba su casa, lo que hacía surgir un clima tirante y tenso entre él y su familia, en particular entre él y su esposa, una mujer que estaba volviéndose histérica.

Pero, ¿adónde iba el doctor Russell por las noches?

Lo primero que uno pensaba era en una mujer, en una amante. Sin embargo, no, no había ninguna otra mujer en su vida. Sus salidas del hogar se debían única y exclusivamente al juego, a un vicio que le tenía atrapado por los cuatro costados. Un vicio del que no había podido desasirse por más esfuerzos que había hecho.

Un vicio que, no sólo le había arruinado, sino que le había hecho contraer grandes deudas. Deudas que, sumándose unas a otras, estaban poniendo en peligro todo su prestigio y reputación.

Por lo demás, Stanley Harrison había conseguido averiguar otra cosa. La esposa del doctor Russell despedía continuamente a sus sirvientas. Histérica como estaba, a todas las encontraba insufribles, aunque en realidad la insufrible era ella. Una de las sirvientas, al ser despedida, fue admitida por Vanessa McQueen, y seguía aún a su servicio.

Stanley Harrison se presentó aquella tarde, miércoles, en el consultorio del doctor Russell. Consideró que no venía a cuento esperar más. Sabía ya lo suficiente para poder hacer frente a la situación.

—Pase usted —le dijo la enfermera cuando le tocó el turno.

Stanley se adentró en el despacho. Allí estaba el doctor Russell, que al verle comparecer de nuevo ante él frunció el entrecejo de un modo visible. Posiblemente había dado por descontado que no volvería a encontrárselo frente a sí.

—¿Usted...?

—Sí, doctor. Y esta vez no vengo a interesarme por la salud de la señorita McQueen. Vengo simplemente a decirle que... Pero, vamos, supongo que ya lo adivina...

—No adivino nada —dijo el doctor Russell, secamente—. Por lo demás, le ruego que no me haga perder el tiempo, lo tengo muy ocupado.

Sin que nadie le indicara que lo hiciera, Stanley tomó asiento frente a la

mesa de escritorio. Tras la misma, el doctor seguía con el entrecejo fruncido.

—Dígame, doctor, ¿a cuánto ascienden en total sus deudas de juego? ¿A cuántos miles de libras...?

—¿Qué dice? —Y de un salto se había puesto súbitamente en pie—. ¿Bromea...?

—Conmigo no debe adoptar esa actitud, doctor. He venido luego de informarme debidamente, así que sé la verdad de los hechos. Supongo que más de uno lo sabe —añadió Stanley—. Esas cosas, a la larga, son difíciles de ocultar. Pero para otros, esas deudas no deben tener la importancia que tienen para mí...

—¿Adonde quiere ir a parar? —le increpó el doctor, aún de pie ante el joven.

—Necesito que me diga el nombre de la persona que le ha inducido a decir a la señorita McQueen que padece una enfermedad incurable...

—Yo le dije que estaba sana, que no le sucedía nada impórtame —repuso el doctor Russell, muy nervioso—. Fue ella la que, al ausentarme yo de este despacho...

—Pero fue usted mismo —le interrumpió Stanley— quien a sabiendas le indujo, sin duda con sus gestos y su expresión, a que recelase... Fue usted mismo quien le hizo abrir la carpeta y leer el diagnóstico... ¡El falso diagnóstico!

—¿Qué dice usted...? —pero viéndose ya al descubierto, el doctor Russell se desplomó en, su asiento.

—Digo, eso... ¡El falso diagnóstico! Por el que voy a demandarle al Colegio Médico, pidiendo su expulsión, a menos que se muestre usted razonable y colabore conmigo...

El doctor Russell ocultó el rostro entre sus manos. Su gesto era patético. Pero Stanley no estaba para compadecerse por nadie, y menos por él. Volvió a la carga.

— ¿Quién está, por lo visto, dispuesto a pagar sus deudas de juego...? Sin duda, el mismo a quien usted le dijo que yo había estado aquí interesándome por la salud de la señorita McQueen... Créame, doctor, al llegar a la pequeña localidad de Baillman tuve un recibimiento muy escogido... Si no llego a saber defenderme, a estas horas estaría muerto... Sí, muerto, así tal como suena...

—¿Cómo ha averiguado lo de mis deudas? —preguntó finalmente el doctor, tras una pausa, profundamente desalentado.

—Siguiendo sus pasos, cuando sale de su hogar por las noches... Una forma sencilla, ¿no le parece? —Y sin transición—: Bueno, ¿qué me responde? O colabora conmigo o me encamino directamente al Colegio de Médicos para denunciarle... Elija usted. Lo dejo a su gusto.

—Por favor... —el doctor Russell se había puesto a sudar intensamente—, no haga eso. Me ha costado muchos años ganar el prestigio que ahora tengo... No puedo perderlo en un momento, sería demasiado castigo...

—Entonces, ¿me dirá el nombre de la persona que le ha arrastrado a...?

—Chisss... Chisss... —le interrumpió, con el dedo índice sobre sus labios — temo que alguien pueda oírnos. Este no es el momento de hablar. Pero vaya esta noche a... —le citó un lugar, en las afueras de Londres, en la misma carretera—, allí le esperaré yo. Entonces le diré todo lo que sé.

—De acuerdo —accedió Stanley. Sin embargo, puntualizó en el acto—. No quiera hacerme una mala pasada, doctor Russell, ni se le ocurra. Tengo muy malas pulgas.

—No se preocupe, ya veo que estoy atrapado por usted —murmuró—. Bien mirado, quizá sea mejor así... —y reconoció—. Acepté que pagasen mis deudas a cambio de decir «eso» a la señorita McQueen, pero no tardé en reconsiderar el caso y entonces me arrepentí... Pero, claro, ya no podía volverme atrás, el trato ya estaba hecho... Sí, me arrepentí, se lo aseguro, comprendiendo que algo demasiado bajo y sucio debía esconderse en todo ese embrollo.. Sí —asintió seguidamente— reconozco que le dije «a esa persona» que usted había estado aquí interesándose por la salud de mi paciente... Pero no, no pensé que por eso pudieran querer matarle a usted... Tanto como eso no... En fin, seguiremos hablando en otro momento —había ido bajando tanto el tono de su voz, que casi se había hecho inaudible—. Lo dicho, esta noche...

—Bien, esta noche —cerró el trato Stanley.

* * *

Sonó el teléfono y lo descolgó Stella, la señorita de compañía. —Dígame.

—¿Está la señorita McQueen? —preguntó una voz de hombre.

—Sí. ¿Qué desea?

—Por favor, dígale que se ponga al aparato.

—¿De parte de quién...?

La voz del hombre tardó un poco en contestar. Pero sólo un poco. Apenas unos breves segundos.

—De parte de un amigo.

—Espere un momento... —y Stella dejó reposar el auricular sobre la mesita y se dirigió en busca de Vanessa, a quien dijo—: La llaman por teléfono. No ha querido dar su nombre.

Vanessa McQueen cogió el auricular,

—Diga.

—Soy Stanley.

— ¡Ah!, ¿es usted? —no cabía duda, se había sentido gratamente sorprendida al reconocer su voz.

—Sí, soy yo. Habíamos quedado en vernos mañana, pero me interesaría verla ahora. ¿Puede salir sin tener que dar demasiadas explicaciones?

—Sí —asintió.

—¿No está su novio? —quiso saber.

—No. Vino el otro día, pero ha vuelto a ausentarse.

—Pues estupendo, nada la retiene, media hora, ¿vale?

—Sí, pero, ¿dónde?

—Salga de la casa y espéreme en 1a carretera. Yo pasaré con mi coche y la recogeré.

—Conforme.

Vanessa tenía la intención de ser puntual, de no hacerle esperar. Es lo menos que podía hacer por un joven que tan amable y desinteresadamente perdía su tiempo con ella.

Pero Vanessa iba a hacerle esperar a Stanley más de media hora. ¿Por quién? Pues, sencillamente, porque cuando se disponía a salir, llegó a la casona su abuelo. Su abuelo y Max, su sirviente.

Habían alquilado un taxi. Se habían hecho llevar hasta allí. Y ya estaban en la casona.

—No te esperaba, abuelo. Y menos a estas horas, es ya de noche.

—Espero que no le sepa mal que venga a hacerles compañía durante un par de días, ¿verdad? —preguntó el abuelo a Natalia Reed.

—No faltaría más —contestó la dama con amabilidad, aunque lo cierto es que el anciano siempre le había caído mal.

Se habían tratado en pocas ocasiones, pero nunca habían terminado de entenderse ni de congeniar. Siempre hubo entre ellos algo así como un velado antagonismo.

—Puede quedarse aquí los días que desee —añadió la dama—. Será un placer su presencia.

—Muy amable... —y refiriéndose a su sirviente—. He venido con Max, porque sin él, sinceramente, no sé desenvolverme. El está al corriente de todas las medicinas que he de tomar...

—Sí, sí —sonrió la dama—, lo encuentro muy razonable. Ha hecho usted perfectamente.

—Y tú, Vanessa, ¿ibas a salir ahora? —el abuelo la observaba con toda atención, con detenimiento.

—Sí, abuelo.

—Pero habiendo llegado yo, supongo que dejarás de hacerlo... ¿O acaso te está esperando Warren?

—No, abuelo, Warren no me está esperando. Estoy citada con otra persona.

—¿Con qué persona...?

Todos miraron a Vanessa. También Stella, que se hallaba a no muchos pasos de allí. Debía sentir curiosidad por saber quién era el hombre que le había llamado por teléfono.

—Es un secretillo —sonrió Vanessa, un poco apurada, eso sí.

—¿Secretillos con tu abuelo? —inquirió éste—. Francamente, no me parece bien.

CAPITULO VI

Vanessa McQueen había conseguido, finalmente, que su abuelo dejara de ponerle mala cara ante aquella salida que resultaba un tanto insólita, y no sólo para él, sino también, como es lógico, para los demás ocupantes de la casa.

—Lo lamento, Stanley —se disculpó la muchacha, así que llegó corriendo hasta el coche.

—Empezaba a preocuparme —reconoció el joven—. Bueno, ya está aquí. Ande, suba.

—¿Adonde me lleva?

—A presencia del doctor Russell. El mismo, personalmente, le dirá que no está enferma, y que eso de las alucinaciones sólo es un plan tramado por...

— ¿Por quién?

—Eso no lo sé aún. Pero vamos a saberlo en seguida, ya que antes de una hora estaremos en su presencia y entonces nos lo dirá todo. En eso hemos quedado.

—Yo también tengo novedades que contar... —empezó a decirle la muchacha.

Le explicó lo referente al joven alto, delgado y pecoso que le había cambiado la rueda del coche y que luego había vuelto a encontrar en la casona, en esta ocasión convertido en Henry Starr, un amigo de Warren, elegantemente vestido, gerente de una importante fábrica textil. Joven que luego vería muerto, con varias cuchilladas clavadas en el cuerpo y que, minutos más tarde, asimismo, volvería a encontrarse en la casona, tan campante.

Mientras le explicó todo esto, Stanley conducía. Y conducía a bastante velocidad porque quería llegar a tiempo a la cita concertada con el doctor Russell. De esa cita dependía mucho.

—De nuevo un caso análogo —reflexionó Stanley, cuando la muchacha hubo concluido de hablar—. Una persona que está en dos lugares distintos a la vez... Una acaba muerta, la otra continúa viva...

—En el caso de Stella, la señorita de compañía, lo sucedido no resulta en el fondo tan sorprendente... ¿Sabes lo que me dijo?, que tiene una hermana gemela... Sin duda se trata de ella y...

También le explicó lo que a su vez le refiriera la propia Stella, esto es, que hasta no hacía mucho había trabajado como corista, pero que se había decidido a dejar aquello porque su hermana gemela había sido la que le había animado a empezar una nueva vida. Sí, le explicó todo esto, comprendiendo que Stanley Harrison era, dadas las circunstancias, el único de quien verdaderamente podía fiarse.

—Algo empieza a tener un poco de sentido, aunque todo esto resulta aún verdaderamente inexplicable —dijo el joven—. Porque el que una misma persona esté en dos lugares a la vez, vamos, que eso no se lo cree ni un

chino... Al menos, lo de una hermana gemela, ya tiene un posible enfoque...

—Sin duda, pues, el joven alto, delgado y pecoso tenía, a su vez otro hermano gemelo, ¿no?

—Sí, claro.

—Afortunadamente —repuso Vanessa— me acordé de su recomendación, e hice lo preciso para asegurarme luego, cuando todo hubiera desaparecido ante mis ojos, que en verdad había sucedido...

—¿Qué hizo? —quiso saber.

—Mire...

Sé dobló el borde del vestido y le enseñó las manchas de sangre. Sí, allí estaban, como un macabro presente.

—Ahora ya sé, de fijo, que no sufro alucinaciones.

—Estupendo, vamos adelantando. Ahora que termine de explicárselo todo el doctor Russell.

Pero iba a ser tarde para eso, porque el doctor Russell, en el momento de llegar ellos al lugar de la cita, estaba muerto.

Caído sobre el volante de su coche, que había aparcado en la cuneta, permanecía inmóvil, sin vida. Una mano asesina le había clavado un cuchillo en la espalda, dejándolo allí incrustado como queriendo asustar, más y mejor, a los que sabía que no tardaría en llegar.

En este caso concreto, Stanley y Vanessa, que al encontrar cerrada para siempre aquella boca de la que esperaban llegar a saber toda la verdad, no pudieron por menos de sentirse desalentados.

Lo que no le impidió a Stanley Harrison, creyendo ver que una sombra huía entre la oscuridad y la niebla, echar a correr en su persecución. Podía muy bien tratarse de la persona que había acabado con la vida del doctor Russell.

Lo era. Para saberlo le bastó alcanzarle un poco y reparar en su estatura descomunal, en su silueta de bestia, en sus proporciones físicamente excepcionales.

— ¡Eres tú, Robert Edward, te he reconocido! —le gritó, para intentar así detenerle.

Consiguió lo que se proponía. Se detuvo y se giró hacia él. Con gesto agresivo, feroz.

—Sí, soy yo —dijo— y esta vez, puesto que te has empeñado en dar la cara, haré contigo lo que dejé de hacer la otra vez...

—¿Matarme? —preguntó Stanley.

—Esta vez vengo mejor preparado... —y sacó a relucir un afilado cuchillo.

—¿Otro cuchillo? —Ironizó Stanley—, Por lo visto es tu arma favorita. Todos mueren de igual forma —y preguntó, queriendo demostrarle que estaba lejos de haberse puesto nervioso—: ¿Es que haces colección de cuchillos?

—Siempre quieres dártelas de gracioso, ¿eh? Pues es una costumbre que voy a quitarte,

—Para eso —especificó Stanley— antes me has de quitar la vida.

—Precisamente.

—Pues ya lo viste la otra vez, cuando quiero me muestro escurridizo. Por lo tanto, no des el triunfo como tan asegurado. Podrías salir nuevamente chasqueado.

—Entonces yo no llevaba ningún cuchillo.

—Ahora sí. Pues, anda, aprovecha la ocasión. Pero no te sorprendas demasiado si me ves sacar a mí una pistola. Para tu conocimiento, yo no soy tan ingenuo como sin duda te imaginas...

Lo dijo con tanta superioridad, con tal, casi, jactancia, que Robert Edward no necesitó nada más para perder de pronto y de una sola vez toda su serenidad. Por lo visto no había contado con esa posibilidad.

Por lo tanto, todos sus arrestos quedaron mermados, y sus pasos hacia Stanley Harrison se vieron detenidos por el miedo a esa posibilidad que no había tenido presente y que muy bien podía ser cierta. Quedarse a comprobarlo podía resultar demasiado arriesgado.

Sin embargo, cuando vio que era Stanley quien se adelantaba hacia él, sin asustarle lo más mínimo aquella arma que relucía siniestramente en su mano, comprendió que algo tenía que hacer, si no acabar con él de una vez, sí, al menos, para poder huir de su presencia.

Sabía lanzar cuchillos a distancia. Era muy diestro en tal menester. Y la ocasión, qué duda cabe, se mostraba propicia a demostrarlo.

Sí, tenía que lanzar el cuchillo antes de que Stanley adelantara demasiado. Luego, sería ya demasiado tarde.

No lo pensó dos veces. Alzó el brazo, cobró impulso y el arma cruzó silbando la distancia que había entre uno y otro.

Pero Stanley Harrison se había visto venir aquello, así que no le cogió desprevenido. Se agachó a tiempo. Lo suficientemente a tiempo para que la afilada hoja ni siquiera le rozara.

Sin embargo, el asesino de cinco mujeres, era, pese a todo, muy aventajado en el arte de lanzar cuchillos, así que Stanley tampoco pudo salir totalmente incólume de su acción. Como sea que en aquel momento se hallara junto al tronco de un grueso árbol, el cuchillo fue a engancharle allí. Atravesándole la camisa y atravesando después el árbol, allí quedó el arma sujetándole y haciéndole perder, quieras que no, unos segundos verdaderamente preciosos.

Segundos que Robert Edward, como no, aprovechó para huir de allí a todo correr. A un correr tan rápido, que cuando Stanley pudo rasgar su camisa, y sentirse libre, ya no había ni sombra de aquel hombre.

La oscuridad y la niebla se lo habían tragado.

* * *

Ya para entonces, llegaba Vanessa a su lado.

—¿Qué ha sucedido...? —se lo preguntó con el tono muy débil, muy tembloroso.

Stanley se lo dijo. Añadiendo poco después:

—Vámonos de aquí. Procederemos como si no hubiéramos visto muerto al doctor Russell. Dar constancia de ello a la policía, sólo podría acarrearnos contratiempos y, bien mirado, ya nada puede hacerse por él.

—Lo que usted diga, Stanley.

Habiéndose alejado ya de allí, muy cerca otra vez de la casona, el joven detuvo el coche. Se giró hacia Vanessa.

—Hemos de aclarar este lío cuanto antes, de lo contrario corremos demasiados riesgos. Usted y yo, los dos.

—Sí, esa sensación tengo —convino ella.

—Así que, para dar con una solución que nos lleve a alguna parte, necesito que me conteste a un par de preguntas más. Ya que el doctor Russell no puede ya aclararnos nada...

—Hágame las preguntas que quiera.

—Si yo no hubiera aparecido casualmente en su vida, Vanessa, y si usted hubiera creído ciertamente que padecía una enfermedad incurable, ¿qué hubiera hecho? Aquí tiene mi primera pregunta.

—Que no he terminado de entender bien, Stanley. Qué hubiera hecho, ¿en qué sentido? ¿A qué se refiere exactamente?

—Usted es rica, muy rica, usted misma me lo dijo. Pues bien, en tal caso, ¿qué hubiera hecho con su fortuna?

No se hizo esperar la respuesta.

—Hubiera hecho testamento a favor de Warren.

— ¡Ah!

—¿Por qué ha dicho «¡ah!» con ese tono?

—Es interesante su respuesta.

—Una respuesta lógica, ¿no le parece? Tengo a mi abuelo, es cierto, pero cuenta ya ochenta y tres años. A esa edad, le basta y le sobra con lo que ya tiene. Por lo que respecta a Warren, es un hombre bueno, honrado, que se merece...

—¿Está segura, Vanessa, de que se merece...? —la había interrumpido.

—No me cabe la menor duda. Y si sospecha de él en algún sentido, me molesta, casi me siento ofendida. Ya lo sabe.

—Bueno, bueno, no se enfade... —la sujetó por los hombros, la miró suavemente, queriendo hacerse perdonar. Pero insistió—: De todos modos, dígame... ¿Alguna vez le ha dicho a Warren, que, de sucederle algo, o de ir a sucederle, se lo daría todo a él? Esta es mi segunda pregunta.

Vanessa McQueen, ahora, tuvo que hacer un poco de memoria. Le costó recordar. Pero sí, al poco había de acordarse con toda claridad.

—Sí, ahora que lo pienso, sí se lo dije en una ocasión. Pero fue hablar por hablar, compréndalo... Aquello no tuvo la menor importancia... Yo entonces me encontraba aún perfectamente... No, no tenía todavía esos dolores de cabeza, que al hacerse más intensos me llevaron al consultorio de doctor Russell.

—Entonces ¿se lo dijo?

—¡Sí! ¡Sí! —exclamó Vanessa, nerviosa—. ¡Pero, por favor, no crea a Warren capaz de nada tan horrible como todo esto que ahora nos rodea!

—¿Y por qué fue al doctor Russell, precisamente a él?

—Es mi doctor de toda la vida, tenía lógicamente que ir a él. Pero, vaya, ha sido ésta una nueva pregunta, ¿no? Pues ya van tres.

—A propósito, Vanessa, ¿cómo van ahora tus dolores de cabeza?

Y quizá para convencerla de la sinceridad de lo que decía, volvió a sujetarla por los hombros. Si bien en esta ocasión no se limitó a eso, la atrajo hacia sí y la besó en la boca. Luego le dijo:

—Si no fuera porque todo este escenario no está nada acorde con el romanticismo, te aseguro que esta misma noche te invitaría a bailar. Y cabe —añadió— que mientras bailásemos me declarase a ti.

—Quién sabe —respondió Vanessa—, a lo mejor me gustaba que te declarases.

El tuteo había surgido de un modo sencillo, natural.

* * *

Cuando Vanessa llegó a la casona, se encontró con la sorpresa de que su prometido estaba allí.

—¿Tú, Warren...? —no se lo esperaba, y se sonrojó.

Sabía que iba a resultarle muy difícil explicarle el motivo de su salida.

—Me alegro de que haya venido —bromeó Natalia Reed—, así te verás obligada a decir dónde has estado. Tantos “secretillos” con tu abuelo y conmigo, no me gustan.

—Vanessa no tiene por qué darme explicaciones de ninguna clase —contestó Warren—, es libre de ir adonde quiera y de hacer lo que mejor le plazca. Yo tengo absoluta confianza en ella.

Pero a pesar de su respuesta, todos se dieron cuenta de que Warren Reed no estaba precisamente de muy buen humor.

También se percató de ello Vanessa, creyendo que tal hecho se debía, precisamente, a su intempestiva salida. Así que, conciliadora, la muchacha se acercó a su novio a la primera ocasión que tuvo de hacerlo a solas.

—Warren...

—Dime, querida.

—Estás enfadado conmigo, ¿verdad?

—¿Por qué iba a estarlo? ¡Qué cosas tienes!

—Por mi salida, cuyo motivo...

—No tienes por qué darme explicaciones, ya te lo he dicho. Tú puedes hacer lo que quieras y yo no soy quién para exigirte nada.

—Entonces, si verdaderamente piensas así, ¿por qué ese mal humor? Todos se han dado cuenta.

—¿Mi mal humor? Sí, es cierto, no estoy muy contento, ésta es la verdad.

Pero no es debido a tu salida, Vanessa. Se debe al negocio que me llevaba entre manos con Henry Starr, el joven aquel que vino la otra noche a cenar con nosotros.

—¿Qué le pasa a ese negocio?

—Henry Starr, de pronto, sin lógica justificación, se ha vuelto atrás. Ha dicho que le resulta imposible cumplir lo acordado. En conclusión, negocio por los aires. Comprenderás que no tenga cara de fiesta, ¿verdad?

CAPITULO VII

—¿No te parece, abuelo, que te estás extralimitando un poco? —preguntó la muchacha.

—¿Extralimitarme...? —el anciano puso cara de quien no ha comprendido.

—Me refiero a lo que estás haciendo, pasar tantos días aquí. Llevas más de una semana. No sé si llevas bien la cuenta, pero yo sí y son más de siete días.

—¿Y eso te parece mal?

—Warren no es todavía mi marido, y en realidad ésta tampoco es su casa. Así que su tía puede pensar que...

—Déjele que piense. También pienso yo, y no precisamente cosas agradables. La verdad es que a mí me escaman todos los componentes de esta casa.

—Incluso Warren, claro.

—Sí —asintió—, e incluso también esa señorita de compañía, demasiado joven y hermosa para ser sólo eso, ¿no lo comprendes?

—Sé por qué está aquí, en un puesto tan sencillo. Su historia es mucho más vulgar de lo que sin duda te imaginas.

—¿De veras...?

—Sí. Pero, claro, a ti debe haberte caído mal...

—Por descontado.

—Lo mismo que Natalia Reed y que Warren, y que todos los que dan la sensación de quererme bien.

—Por descontado —afirmó de nuevo.

—Eso no está bien, abuelo. Debes ser más razonable.

—Temo por ti, Vanessa.

—¿Temes...? —disimuló el escalofrío que le recorrió et cuerpo.

—Claro, temo. Aquí se respira riesgo, peligro. Aunque no sé el porqué de esa sensación que experimento... En realidad, la experimenté por el mero hecho de saber, por mediación de aquel amigo tuyo, que habías venido a pasar unos días aquí... Me bastó saberlo, para sentir como si me pincharan... Por eso le dije a Max que hiciera las maletas, que nos veníamos aquí... Y aquí estoy, no perdiéndote de vista...

No pudieron seguir hablando, porque se presentó Natalia Reed. Como siempre, una dama amable y atenta, que trataba inmejorablemente a todos, en particular al abuelo de Vanessa. Tal vez comprendía que en él tenía a su invitado más rebelde.

Poco después, prepararon combinados. Normalmente los hacía Warren, pero a menudo solía intervenir el abuelo y también Max, su sirviente, especialista en tales mezclas. Asimismo, en ocasiones, servía Natalia Reed. Alguna vez, incluso, lo había hecho la propia Stella.

—¿Tú qué quieres? —Natalia Reed era quien, esta vez, acababa de dirigirse a Vanessa.

—Nada, ahora no me apetece nada —respondió la muchacha.

Desde que todo cuanto la rodeaba lo veía tan poco claro, obedecía a rajatabla las órdenes de Stanley. «Nada de beber lo que no beban los demás...» Y claro, en una copa era fácil echar algo, una pastilla, unos polvos, lo que sea.

—Nada, ahora no me apetece nada —repitió.

—¿Te has vuelto abstemia? —preguntó Warren.

—No es eso —repuso—, pero estos días me molesta un poco el estómago.

—Entonces, por descontado, mejor que no bebas alcohol —dijo Warren.

Sonó el teléfono, pero ellos siguieron con sus combinados. Ya respondería Stella. Era ésta una de sus obligaciones.

—Dígame.

—¿Podría hablar con la señorita McQueen? —preguntó la misma voz de hombre que ya oyera en otra ocasión,

—Sí... ¿De parte de quién?

—De un buen amigo.

Volvía a no querer dar su nombre. Pero esta vez Stella parecía ya esperarlo, así que no acusó ninguna sorpresa.

—Es para usted... —le dijo a la muchacha, tendiéndole el auricular.

Vanessa se levantó, cogiéndolo y acercándoselo al oído no sin cierta emoción. Presentía que se trataba de Stanley Harrison, un hombre que le estaba quitando el sueño..., y no sólo por hacerle ver los peligros en que se hallaba metida.

—Diga.

—Hola, Vanessa —la voz de Stanley resultaba inconfundible.

—Hola...

—No quiero dármelas de buen psiquiatra, pero me parece, por el tono de tu voz, que no te estoy llamando en buen momento.

—Has acertado.

—Eso quiere decir que Warren, tu novio, ha vuelto a la casona, ¿no es cierto?

—Sí.

Respondía escuetamente, para no comprometerse. Así, luego, le resultaría fácil decir, simplemente, con naturalidad, como si nada, que le había llamado una amiga.

—Entonces no puedo decirte que salgas y que nos veamos.

—No, claro que no.

—Bueno, lo dejaremos para mañana a primera hora. Hay prisa en que te vea, pero no creo que venga de unas horas. Mañana sí podrás, ¿verdad?

—Sí.

—En el bar de otras veces, a las ocho de la mañana.

—De acuerdo.

—Oye, ¿no hay supletorios en la casona?

—No.

—Mejor, así sé que nadie nos está escuchando. Eso me tranquiliza, aunque en realidad más por ti que por mí mismo. Bueno, hasta mañana.

—Adiós.

Colgó el auricular, dejándolo bien puesto en su sitio, queriendo alardear de una serenidad y de una calma que no tenía.

—¿Quién era? —le preguntó en seguida su abuelo, y la miraba escrutadoramente.

—Una amiga —respondió, tal como se llevaba pensado, pero en el acto se dijo para sí: «Eres tonta. Si el teléfono lo ha cogido Stella, ella sabe de sobra que se trataba de un hombre.»

Nerviosa, miró a la señorita de compañía. Era como si temiera que allí mismo, ante todos, fuera a delatarla.

Pero la expresión de Stella no se alteró, dando como buena la respuesta de Vanessa.

«Bien mirado —razonó ésta—, es natural que no me descubra. Yo sé cuál ha sido su vida pasada y tampoco se lo digo a nadie. Acaba de pagarme el favor.»

Buscó la mirada de la señorita de compañía, esbozándole una sonrisa. Una sonrisa a la que Stella correspondió con otra y a la vez con un gesto de mutua complicidad.

—Bueno —terció Natalia Reed no mucho después—, la verdad es que ahora estaba pensando en vosotros dos.

Observó a Warren y a Vanessa de un modo sobradamente elocuente. Tanto es así, que unos y otros se vieron ya venir las siguientes palabras.

—Puesto que tu negocio con Henry Starr no va a llevarse a cabo, según me has dicho tú mismo, Warren, no hace mucho...

—No me lo recuerdes —le interrumpió el sobrino—. ¿O quieres que vuelva a ponerme de mal humor?

—Todo lo contrario. Por eso te sugiero que, ya que ese negocio no va a ocupar tu tiempo, volváis a pensar en la boda... ¿No es una excelente idea?

—SÍ, claro —asintió Vanessa, pero lo cierto es que con poquísimo entusiasmo.

—Sí, es una buena idea —admitió Warren—. O mejor dicho, lo sería si yo fuera más rico de lo que soy... Con sinceridad, no me tienta demasiado casarme con Vanessa mientras yo, con mis propios medios, no haya conseguido una buena cantidad en mi cuenta corriente. Es cuestión de puntillo, de pundonor.

—Pero Vanessa sabe que la quieres —dijo Natalia Reed—, y una vez sabido esto, lo demás son tonterías. ¿No eres de mi mismo parecer, Vanessa?

—Claro que sí —respondió la muchacha, en realidad no teniendo opción a decir otra cosa.

—A ella puede no importarle, pero a mí sí... —dijo Warren. Y añadió—: Si hubiera hecho ese negocio con Henry Starr, ganando las diez mil libras concertadas, todo sería distinto, pero ahora... —se acercó a Vanessa—. Por

favor, querida, espera un poco más. En cuanto termine de abrirme camino, nos casaremos. Compréndelo, depender de tu dinero me resultaría humillante...

—¡Warren! —protestó Natalia Reed.

—Es la verdad, tía —repuso Warren—. Vale más hablar claro.

—Te comprendo —asintió Vanessa, en el fondo respirando aliviada, ya que anticipar la boda no le apetecía nada. Ahora menos que nunca, porque sabía que estaba enamorada de Stanley Harrison—. Te comprendo y me hago cargo de tus reparos. Esperaremos lo que tú consideres oportuno. No te preocupes por nada.

También el abuelo de la muchacha pareció respirar más tranquilo.

No así, por descontado, Natalia Reed, que necesitó de toda su compostura para no delatarse.

Así que pudo, hizo un aparte con su sobrino:

—Eres un insensato, Warren. Tanto demorar la boda por uno u otro motivo, acabarás echándolo todo a rodar.

—Está más impaciente que yo por esa unión, tía.

—¿Te has detenido a pensar en cuántos son los millones que tiene Vanessa? Por favor, que un partido como ella no es fácil de encontrar. Si la pierdes...

—Te lo ruego, tía, no insistas. Yo no soy tan materialista como tú, ¡porque tú lo eres un rato largo! Si no lo sabía, por descontado lo sé ya ahora.

—Todo lo que te digo, es por tu propio bien. Eres mi único sobrino y deseo para ti lo mejor del mundo.

—¿Y lo mejor es Vanessa?

—Su dinero —admitió, con descarada sinceridad—. Un dinero al que debieras dedicar más culto.

—Nos casaremos a su debido tiempo. No se me va a escapar por eso. Ella también me quiere.

—Puede creer que te quiere y puede aparecer otro hombre en el momento más inesperado, y hacerle comprender entonces que lo que siente por ti no es el amor verdadero, ese amor apasionado y vehemente con el que sueña toda muchacha.

—Si llega ese día, yo sabré volverme atrás, devolverle su palabra y desearle que sea muy feliz. Ya te respondí algo parecido en otra ocasión, ¿no es eso?

—Sí —asintió Natalia Reed—, y entonces no me gustaron nada tus palabras. Reconozco que tampoco me han gustado las de ahora.

—Lo siento.

* * *

En aquellos momentos, en otro lugar de la casona, dialogaban Stella, la señorita de compañía, y Max, el criado del abuelo.

—Me parece, que tanto usted como yo estamos sirviendo a dos viejos un poco obstinados... —Max recalcó esta última palabra—. Si bien, obstinados por causas distintas.

—Que la señora Reed, su señora, está empeñada en casar pronto, lo antes posible, a su sobrino con la señorita McQueen. Que es así, resulta evidente, su manera de expresarse lo confirma del modo más categórico. En cuanto a mi señor, resulta igualmente evidente que desea... lo contrario, esto es, que esa boda se retrase, a ser posible que no se lleve a cabo.

—Algo así me había parecido —dijo Stella—, aunque yo soy nueva en la casa y me cuesta más que a usted, como es lógico, sacar conclusiones. De todos modos, creo que mi señora es una buena persona.

—Yo tampoco tengo queja de mi señor —aseguró Max—. Por el contrario, le estoy muy agradecido por el trato que me da. No sólo es respetuoso y atento conmigo en todas sus cosas, además ha hecho testamento a mi favor. Dice que su nieta ya tiene bastantes millones, que su dinero no iría a solucionarle nada y que él por otra parte desea corresponder de algún modo a toda la paciencia que le demuestro.

—Todo un señor... —repuso Stella—. No, verdaderamente no puede quejarse. Cuando él muera, habrá hecho su suerte. Me alegro por usted.

—Sí, habré hecho mi suerte el día de su muerte —asintió Max—. Pero, créame, no por eso deseo que termine de una vez... No, en absoluto. Vivo a gusto a su lado, atendiéndole. Estoy ya tan acostumbrado a que esté todo el día pidiéndome eso, y lo otro, y lo de más allá, que creo sinceramente que el día que ya no me pida nada, le encontraré a faltar.

—Le comprendo.

—Lo que yo no comprendo — dijo Max—, es lo que se refiere a usted. ¿Qué hace en esta casona, malgastando su tiempo con una persona como la señora Reed? No tengo nada contra ella, por descontado que no, pero la veo a usted tan joven y hermosa...

—Gracias —pero no dijo nada más.

—Esto no es una respuesta —le advirtió Max.

—Tengo mis motivos para permanecer aquí —contestó, finalmente—. Pero esto, de momento, ¿sabe? En realidad, estoy esperando la visita de una hermana mía. Cuando venga hablaremos y veré cómo encauzo de nuevo mi vida. Sin embargo —añadió Stella, y tembló su voz—, mi hermana no viene..., no viene... Empiezo a temer que haya podido sucederle algo malo... Creo... creo que voy a ir a la policía.

CAPITULO VIII

—Me he decidido a hacerlo. No voy a volverme atrás.

Vanessa McQueen se había quedado estremecida. No le gustaba nada que Stanley Harrison fuera capaz de dar ese paso.

—Pero el riesgo que vas a correr... —objetó la muchacha—. Creo que va a ser excesivo.

—Tengo que hacerlo, de lo contrario no saldrás nunca de este atolladero. Por lo demás, a mí las vacaciones van a acabárseme pronto y tendré, me parezca bien o mal, que reintegrarme a mi trabajo de piloto. ¿Cómo hacerlo, sabiéndote a ti en peligro?

—Pero yo no quiero que por mi culpa...

—Tranquilízate —sobre la misma mesa, en el mismo bar, le estrechó las manos.

Sin embargo, ella se desasió de sus manos y cogió el recorte del periódico, releyendo una vez más:

«Necesitamos dos hermanos gemelos. Trabajo corto, muy bien remunerado.»

—Puede que esto no tenga nada que ver con nuestra siniestra historia... —dijo Vanessa, quizá, intentando, de este modo, que Stanley desistiera de sus planes.

—Puede —admitió—. Pero iré a comprobarlo. Así saldré de dudas.

—No obstante, aquí dice «hermanos gemelos», y tú no tienes ningún hermano gemelo. No sé cómo vas a poder arreglártelas...

—Sabré conseguirlo, algo se me ha ocurrido ya. Lo pondré en práctica. Saldrá bien, ya verás.

—¿Se te ha ocurrido pensar a quién puedes encontrar al llegar a la dirección aquí anotada?

—A mí no me conoce ninguno de los componentes de la casona. Yo sí a ellos, pues he merodeado por allí en diversas ocasiones, no queriendo dejarte a ti, Vanessa, al albur de lo que pudiera pasar. No te lo había dicho, pero la verdad es ésta. Así pues, juego con cierta ventaja en esta ocasión, ya que sé quién es el abuelo, quién es Max, su sirviente... Conozco también a Natalia Reed y a su guapa señorita de compañía... También conozco, claro está, a tu novio...

—¿Y si al llegar a esa dirección te encuentras con Robert Edward? Si algo hay cierto e indudable, es que trabaja para la persona que intenta... Bueno —dio un suspiro de desaliento—, en realidad aún no sabemos ni lo que intenta...

—No, no creo que me encuentre con Robert Edward. Trabaja para «esa persona», pero esa persona no le va a encomendar ninguna misión de tal índole, sabe que no puede fiarse de él en absoluto. Es sólo una bestia, no tiene cerebro, sólo sabe matar.

—Puede que tengas razón. Aun así, Stanley, corres un gran riesgo, y tú

eres el primero en saberlo.

—Es posible. De todos modos, lo haré. Por lo menos lo intentaré.

—Ten cuidado... —y aparecieron lágrimas en sus ojos.

—Lo tendré.

—¿Vas a ir ahora mismo?

—Sí, antes que otros hermanos gemelos puedan anticipárseme. Ese puesto me interesa a mí. Si lo consigo... —añadió tras reflexionar— quizá no tardes en volver a verme. En tal caso, si hay alguien delante, ya se comprende, tú no me conoces de nada. Soy un desconocido para ti.

—Sí, Stanley.

Quedaron de acuerdo en todo. No dejaron cabos sueltos. Era preciso, hasta el máximo posible, coordinar el plan a llevar a efecto. Aunque bien sabían ambos que el plan dependía, ante todo, de las órdenes que Stanley recibiera.

—Aunque aún no veo claro cómo vas a arreglártelas... —adujo la muchacha—. Tú no tienes ningún hermano gemelo.

—Déjame a mí. Ya me las arreglaré.

* * *

Decidido a arreglárselas, Stanley Harrison dio unos golpes con los nudillos en aquella puerta. Correspondía a la dirección anotada en el periódico.

—Pase.

Abrió la puerta y se adentró en una estancia no muy grande, discretamente amueblada. En aquella casa de dos pisos, de un barrio modesto, de Londres, todo eran oficinas como aquélla. O parecidas.

Tras la mesa de escritorio, se hallaba un joven al que Stanley reconoció inmediatamente. Le había visto entrar en la casona. Se trataba de un joven alto, delgado y pecoso, Henry Starr, o al menos el que dijo llamarse así y ser gerente de una importante fábrica textil.

—Buenos días. Venía por lo del anuncio...

—Siéntese. Pero... —miró hacia la puerta— viene solo. El anuncio pide hermanos gemelos...

—Mi hermano vendrá de un momento a otro —dijo Stanley, con absoluta naturalidad—. Nos hemos citado aquí. Pero para adelantar tiempo, ¿podría decirme de qué se trata?

—No tengo inconveniente —Henry Starr estaba bastante nervioso—. Se trata, simplemente, de que usted y su hermano se dirijan a la localidad de Baillman. Sólo hay unas cincuenta o cincuenta y cinco millas. Allí se dejarán ver por una muchacha muy guapa llamada Vanessa McQueen... Está como invitada en una casona situada en las afueras de dicha localidad... Y entonces, en ese momento, usted o su hermano, uno de los dos, para el caso es lo mismo, se dirigirá a ella...

—¿Y...? —inquirió Stanley.

—Buscará uno de ustedes, el que sea, su charla, su conversación, le dirá

que es muy atractiva, la invitará a tomar algo, bueno, eso ustedes se lo arreglarán. Lo preciso es que se conozcan.

—Hasta aquí lo veo muy sencillo.

—Mientras ella le deja a usted, o a su hermano, el otro, el que hasta entonces no haya intervenido, se habrá presentado en la casona, diciendo que va a arreglar el televisor.

—¿Y si al televisor no le pasa nada? —preguntó Stanley.

—El televisor estará estropeado, no lo dude usted. Por lo demás, sólo tendrá desconectado un cable, así que el arreglo le resultará fácil. No obstante, lo imprescindible de su visita es que no se vaya de allí sin que le haya visto la susodicha señorita McQueen.

—No sé si lo he entendido bien. Ambas actuaciones han de ser al unísono,

—Sí, exactamente.

—Pero si la señorita Vanessa McQueen me deja a mí en la localidad de Baillman y al llegar a la casona en que está como invitada se encuentra a mi hermano reparando el televisor... Bueno, quiero decir que si ignora que somos hermanos gemelos se va a llevar un susto de los gordos... Va a creer que ve visiones... Sobre todo, si hemos de ir vestidos iguales, que es lo que deduzco que usted desea...

—Sí —afirmó Henry Starr—. Pero sus comentarios no vienen a cuento, porque aquí se les ofrece un trabajo a su hermano y a usted, y esto es todo, y a lo que se han de limitar. Cien libras. Si les interesa bien, si no a otra cosa.

—Bueno, bueno, no se enfade. De acuerdo, trato hecho. Cien libras son cien libras. Pero ese hermano mío no viene... —se lamentó, echando una impaciente mirada hacia la puerta.

—Si mientras tanto vienen otros, el trabajo será para ellos. Tengo que aceptar a los primeros que encuentre.

—Sí, claro.

Esperó un rato, dando crecientes muestras de impaciencia, y terminó diciendo:

—Lo malo es que a mí me están esperando en otra parte. Mire, ¿sabe lo que vamos a hacer? Yo ahora me voy, cuando venga mi hermano se lo explica. Si a él le parece bien, ya sabe que por mí no hay inconvenientes.

Le convenció. No le costó. Quizá porque por lo visto no acudía nadie más a la llamada del anuncio y a él le interesaba sobremanera encontrar dos hermanos gemelos.

Poco después, Stanley Harrison se presentaba de nuevo allí. Aunque esta vez, como es lógico suponer, vestido de otra manera y peinado de distinta forma.

—Sí, su hermano ya ha estado aquí —le dijo Henry Starr—. El está ya de acuerdo. Si lo está usted, podemos cerrar definitivamente el trato.

Quedaron completamente de acuerdo en menos de un par de minutos.

Después se separaron.

Pero Henry Starr, que en realidad no se llamaba así, apenas dio unos

cuantos pasos más. Verdaderamente, ni llegó a salir de aquella oficina.

Se acercó a la cortina de la ventana, para coger su americana que había dejado doblada en el respaldo de una silla, cuando de esa cortina salió un brazo y un afilado cuchillo.

Instantes después, de una mortal cuchillada en pleno corazón, Henry Starr había muerto. Ya no eran precisos sus servicios. Menos aún cuando empezaba a sentirse inquieto por lo que pudiera haberle sucedido a su hermano, y eso podía resultar peligroso para quien le había contratado.

CAPITULO IX

—¿Te haces cargo, exactamente, de todo lo que te he explicado? —preguntó Stanley a la muchacha.

—Sí..., sí... —tartamudeó la muchacha—. Pero... pero, hazte cargo, esa escena que me pides es muy difícil de representar, y además de consecuencias muy peligrosas para mí...

—Terriblemente peligrosas —admitió— si yo no estuviera vigilándote. Pero no dejaré de estar a tu lado, así que nadie conseguirá hacerte el menor daño, de eso puedes estar segura.

En cuanto a que sea muy difícil representar esa escena, no estoy conforme, a ti te sobran dotes interpretativas para eso...

—¿Me estás llamando comedianta? —bromeó Vanessa.

—No. Sólo quiero decir que eres lo suficientemente inteligente para desempeñar ese cometido a la perfección.

—¿Tú... tú crees? —ella lo dudaba.

—Lo creo firmemente.

—Bueno, pues si tú lo dices, lo haré.

—Será la única forma de descubrir al culpable... Dejarle suelto sin tomar ninguna decisión resultaría arriesgadísimo. Si este plan le fallara, buscaría otro... Como fuera, no iba a resignarse a no salirse con la suya.. Por lo tanto, mejor acabar de una vez con todo esto...

—Sí, claro —admitió.

—Pues nada, lo dicho, tú llevas a cabo la representación acordada, y del resto me encargo yo.

—Bien.

—Para empezar, ahora saldremos de esté bar y me llevarás en tu coche hasta unos cincuenta metros de la casona. Yo entraré allí... Tú lo harás cuatro o cinco minutos después. Así nadie dudará de que, en efecto, somos dos... Uno, el que se ha quedado aquí en Baillman, y el otro el que va a arreglar el televisor.

—Bien, bien. Pero, por favor, vete tú también con mucho cuidado. No olvides que, de los hermanos gemelos, uno queda con vida, pero el otro siempre muere... Y como aquí no hay dos, qué sólo hay uno...

—Sí —dijo Stanley—, de los dos, hasta ahora, siempre ha muerto uno y el otro ha quedado con vida. Aunque, o mucho me equivoco, o en el caso de Henry Starr las cosas van a acabar peor. Yo por su vida no daría nada, si es que a estas horas aún vive.

—¿Tú crees que... que...?

—Lo creo. Después de atenderme a mí en la oficina, ya no habrá tenido más servicios que prestar... Mala cosa resulta ésta, cuando uno sirve a una persona dispuesta a eliminar a todo aquel que se le interponga en el camino.

—Pero, en definitiva, Stanley, ¿tú de quién y de qué desconfías? Esto no

me lo has dicho todavía. Creo tener derecho a saberlo.

—Tienes todo el derecho, no voy a negártelo. Pero desempeñarás mucho mejor tu papel, si ignoras el nombre de esa persona. De lo contrario, un gesto, una mirada, podría traicionarte y eso resultaría excesivamente peligroso para tu seguridad. Aunque ya te lo he dicho, yo no dejaré de vigilar. No va a pasarte nada.

Apenas unos quince minutos después, con un maletín apropiado a los menesteres por los que iba a la casona, Stanley llamaba allí.

—Vengo a arreglar el televisor. No hemos podido venir antes.

—Pase usted... Stella le indicaba el camino de la sala de estar, donde se hallaba el televisor—. No sabemos qué puede ser. Se oscureció la pantalla de pronto.

Entraron en la estancia, donde en aquel momento se hallaba el abuelo, y también su sirviente Max, que le estaba tendiendo un vaso con dos dedos de agua y un par de pastillas de color rosa. También permanecía allí Natalia Reed, hojeando unas revistas de moda, y Warren, que estaba preparándose un combinado.

—A ver... A ver... —Stanley empezó a manipular en el televisor.

Ciertamente no podía comportarse con más naturalidad. Parecía como si se hubiera pasado la vida haciendo aquello.

De pronto, levantó la mirada hacia quienes se hallaban allí y dijo, sin más:

—No crean, no he venido muy a gusto a esta casa. Si uno hace caso de las cosas que se dicen...

—¿Qué se dice? —preguntó Natalia Reed, arrugando el entrecejo, acusando más que los demás, como dueña de la casa, el posible sentido de tales palabras.

—En Baillman se opina que una persona no puede evaporarse así como así, por lo que... —pero Stanley no dijo nada más, esperando que le preguntaran.

Preguntaron, en efecto. Fue de nuevo Natalia Reed.

—¿Dice usted evaporarse...?

—Sí, ésta es la palabra que unos y otros tienen en la boca.

—Pero, bueno, ¿a qué se está usted refiriendo? Yo no entiendo ni una sola palabra de lo que está usted diciendo.

—Me refiero a Robert Edward, el asesino de cinco mujeres que se escapó del coche celular —y tan desenvuelto como siempre, Stanley agregó—: En Baillman se cree, que si la policía acordonó esta zona, rastreándola seguidamente... en fin, cree que si ese asesino no apareció por ningún sitio, fue porque alguien le protegió. Y a todos se les ha metido en la cabeza que ese alguien vive aquí, en esta casona, de la que es usted propietaria, ¿verdad, señora Reed? —y se enfrentó con su mirada.

—¡Qué disparate acaba de contarme! —Exclamó Natalia Reed, llevándose las manos a la cabeza—. ¿Quién de nosotros iba a querer dar cobijo y proteger a un asesino de tal índole...?

—¡Ah!, eso no lo sabe nadie. Bueno, quiero decir —Stanley seguía ahora manipulando en el televisor— que la gente, de fijo, no puede saberlo aún.

—¿Ha visto usted qué idea más descabellada? —inquirió Natalia Reed, en este instante, dirigiéndose al abuelo de Vanessa.

Pero el aludido no respondió nada, por lo que la contestación corrió a cargo de Max, su criado.

—No tome usted en consideración las habladurías de la gente, señora. Desde luego es una idea verdaderamente disparatada.

—Más disparatada no podría ser —puntualizó Stella—. No, no haga usted caso de lo que la gente diga o pueda decir, señora.

—Pero una no puede menos de ponerse nerviosa ante una idea tan absurda como ofensiva—. Natalia Reed, desde luego, se había excitado mucho—, ¿Qué personas creen que somos, para ayudar a semejante asesino? Es una grave ofensa...

Aquí quedó cortada su frase, porque en aquel preciso instante se oyó el timbre de la puerta de entrada.

Stella fue a abrir, y Vanessa se adentró en la casa y seguidamente en la sala de estar.

Estancia en la que, por lo visto, solían estar normalmente los habitantes de la casa,

—He salido a dar un pequeño paseo... —dijo la muchacha, a guisa de explicación.

Pero en eso, sus pupilas dieron con el joven que estaba arreglando el televisor y un grito salió de su garganta. Mientras, sus ojos se habían desorbitado como si hubiera perdido de pronto la razón.

—¿Qué te pasa, querida? —preguntó Warren, muy impresionado por aquella reacción de la muchacha.

—Ese joven..., ese joven... —gimió Vanessa—, es una pesadilla, es una alucinación... No es otra cosa...

—Es el empleado que nos envía la casa del televisor —le hizo saber Natalia Reed—. Ha venido a arreglarlo. Ya sabes que ayer se estropeó.

—No, este joven no existe,.., o no existe el otro... —volvió a gemir—. Uno de los dos, al menos, es producto de mi mente enferma...

—¿Qué dices, Vanessa? —Warren había palidecido mucho—. Pareces muy trastornada...

—Yo soy de carne y hueso —dijo Stanley Harrison—. Si es a esto a lo que se está refiriendo... En cuanto al otro que dice usted, no sé a quién puede estar refiriéndose...

Vanessa se echó a llorar desesperadamente, desgarradoramente, ocultándose el rostro entre las manos, crispando los dedos. En una palabra, desempeñando magníficamente su papel.

—Estoy enferma, muy enferma... Tengo un tumor maligno en el cerebro... Me queda muy poco de vida... —sollozaba una y otra vez—. Muy poco, sí, lo confirman esas alucinaciones que sufro, cada vez más frecuentes...

—Por favor, ¿qué estás diciendo? —Warren no terminaba de dar crédito a lo que había oído.

Vanessa McQueen, finalmente, acalló sus sollozos, se serenó bastante y apartó las manos de su rostro. Entonces explicó a todos cuál había sido el diagnóstico del doctor Russell.

—¡Sí, moriré pronto! —Exclamó, gimiendo de nuevo—. No tengo salvación... Los síntomas que padezco, no pueden ser peor indicio... Por eso —levantó hacia Warren sus ojos—he hecho bien en hacer...

—En hacer ¿qué? —preguntó Warren.

—Testamento —dijo Vanessa, simplemente.

—¿Testamento?

—Sí, a tu favor. Así todo lo mío será para ti. ¿Qué otra cosa mejor puedo hacer con mi dinero, que dejarlo al hombre que hubiera sido mi marido de no cebarse la desgracia conmigo?

—Pero ese diagnóstico tiene que estar equivocado —afirmó Warren—. ¡No puedo creer que sea cierto! ¡No puedo! —y su angustia era visible.

—Ahora, os lo ruego... —y en este momento la muchacha se dirigió a todos en general—, dejadme salir de nuevo a dar una vuelta... Necesito serenarme... Necesito estar sola...

—Pero, Vanessa... —protestó Warren—. Yo al menos, a tu lado... Déjame, te lo ruego...

—No, no, por favor —suplicó Vanessa—. Ya te lo he dicho, necesito estar sola.

—Bien, como desees —cedió Warren—. Pero vuelve pronto, te lo ruego encarecidamente.

* * *

Así que Vanessa hubo salido de la estancia, Stanley Harrison soltó en voz alta:

—¡Lo que me faltaba por oír! ¡Ahora sí que me he quedado de una pieza! Si me pinchan, ni me entero...

—¿A qué vienen estas expresiones? —le preguntó el abuelo.

—A lo que se dice en Baillman —repuso Stanley.

—¡Y vuelta a lo que se dice en esa localidad de los mil demonios! —exclamó Natalia Reed. Pero, no obstante, queriendo saber de qué se trataba—: Bueno, ¿pero qué es lo que se dice?

—Francamente, no sé si debo atreverme... —por primera vez, Stanley dio muestras de cierta timidez, que, por descontado, estaba bien lejos de sentir.

—Atrévase —dijo Natalia Reed.

Era una orden.

—Si usted me lo manda, yo no tengo el menor inconveniente en contestar —añadió a continuación—: Se dice que su sobrino, Warren Reed, se puso de acuerdo con ese doctor Russell que acaban de mencionar... La muchacha iría

a visitarle y el doctor le daría un diagnóstico que equivaldría a una sentencia... Para conseguir que ella fuera a parar a su consultorio, muy sencillo. El doctor Russell se pondría de antemano de acuerdo con su ex sirvienta, en la actualidad sirvienta de la señora McQueen... Esa muchacha le iría echando unos polvos en las comidas, polvos que le producirían unos fortísimos dolores de cabeza...

—¡Qué imaginación más calenturienta tiene esa gente! —barbotó el abuelo.

—Dicen... que como la señorita McQueen le aseguró en una ocasión a Warren Reed que de ir a sucederle algo malo haría testamento a su favor... Pues bien, dicen que Warren Reed ha querido aprovecharse de ello...

—Para aprovecharse de su dinero —aclaró Natalia Reed, ahora verdaderamente indignada—, a mi sobrino le bastaría casarse con ella. Una solución mucho más sencilla, ¿no cree? Además, por más que el diagnóstico sea de muerte, la señorita McQueen no iba a morirse por ello...

—Aquí, según dicen en Baillman, es cuando intervendrá de nuevo Robert Edward, el asesino de cinco mujeres que se escapó del coche celular... Buscará a la muchacha, dará con ella, la matará, y todo su dinero, ya sin más, irá a parar a Warren Reed... Es lo que dicen —se disculpó Stanley—. Usted me ha pedido que hablara.

—¿Matar a Vanessa? —se estremeció Natalia Reed.

—Eso no habría de costarle a quien ya ha matado, según dicen en Baillman, más de una vez... Y no, no se refieren a esas cinco mujeres... Se refieren a la hermana gemela de usted, Stella...

—¿A mi hermana? —se sobresaltó la señorita de compañía.

—Eso dicen. También dicen que mató al hermano gemelo de Henry Starr, el gerente de una fábrica textil... Que, entre nosotros, según comentan, ni se llamaba así ni era gerente de nada... Todo eso se ha llevado a cabo —abrevió— para hacer creer a la señorita McQueen que sufría alucinaciones. Tales alucinaciones eran síntomas de su enfermedad mortal, así que hacérselas creer..., era un modo como otro de hacerla ir a casa del notario para redactar su testamento.

—¿Qué ha dicho de mi hermana? —Stella temblaba toda ella—, ¿Quiere repetirlo?

—Me he limitado a hablarles de los comentarios de la gente. Comentarios de los que, por otra parte, yo no hago mucho caso. Bueno, señores, ya tienen arreglado el televisor. Era una avería sencilla.

Instantes después, Stanley Harrison salía de la casa.

Poco más tarde, muy poco, una persona bajaba las estrechas escaleras que conducían al sótano de la casona. Allí se hallaba Robert Edward.

—Vanessa está paseando por los alrededores —le dijo—, no creo que se haya alejado mucho. Ve y mátala. No falles esta vez.

CAPÍTULO X

Vanessa McQueen se había internado en el bosque. No mucho, pues lo cierto es que temblaba de miedo.

Pero le había prometido a Stanley que no le faltaría el valor y así lo estaba demostrando. Quería portarse como toda una mujer.

De pronto, sucedió lo que la muchacha esperaba y se temía. Ambas cosas a la vez, pues indudablemente el desenlace estaba dando grandes zancadas hacia el final. ¿Sería un final feliz como Stanley le había prometido? Ella empezaba a no estar muy convencida.

Ante ella apareció aquel hombre con aspecto de bestia, de estatura descomunal, con brazos y piernas de gladiador, de enorme cabeza rapada. El asesino Robert Edward.

—Vengo a acabar con usted... —le hizo saber con una sonrisa que silbó siniestramente entre sus dientes—. La otra vez, mi misión se limitaba a ausentarla, a colaborar en un plan... Esta vez mi trabajo ha de ser mucho más definitivo. Tengo que eliminarla.

La muchacha ahogó un grito de espanto, mientras sus ojos buscaban ansiosamente, a la desesperada, que Stanley apareciera por alguna parte. Pero no le vio, ni asomos de él.

Aún no era mediodía, pero el cielo estaba oscuro, pesado y la atmósfera cargada de niebla. Este último factor, no constituía verdaderamente una novedad en aquella localidad. Como fuera, todo el ambiente parecía contribuir a que fuera más fácil huir entre los árboles del bosque.

Pero Vanessa se había quedado presa de espanto, con los pies clavados en el suelo, inmovilizada como si se hubiera quedado súbitamente paralizada.

Para eso le había bastado y sobrado con ver a aquel hombre, su aspecto feroz, y aquel cuchillo de afilado y brillante filo que acababa de aparecer en su mano.

Dominada por su espanto, la muchacha resultaba, pues, una víctima fácil, que no iba a presentar a su asesino dificultades de ningún género.

Por tanto, éste sonrió con gesto de superioridad y avanzó hacia ella. Mientras Vanessa, sin acertar a reaccionar, seguía como clavada en aquel trozo de tierra.

Robert Edward alzó el brazo, en cuya mano sujetaba fuertemente el cuchillo, su arma favorita, y se dispuso a descargar el golpe mortal.

Pero antes de que su brazo iniciara el mortal descenso, una mano fuerte, férrea, de hombre, le sujetó por la muñeca.

—Cuidado, amigo... —le dijo Stanley—, que a mí esta chica me gusta mucho...

Robert Edward crispó las mandíbulas.

—¿Otra vez tú...? ¡Oh!, ahora sí que voy a matarte... —y aún estaban ambos con los brazos en alto.

—Inténtalo al menos —Stanley, con un fuerte impulso, le rechazó un par de metros—. Inténtalo —repitió—, pero antes, ¿por qué no piensas un poco?

—¿Qué tengo que pensar? —por la expresión tosca y cerrada de su rostro, desde luego el pensar no había sido ni sería nunca su fuerte.

—Por ejemplo, ¿cómo va a terminar esto para ti, aun en el caso problemático, sumamente problemático, de que consigas acabar conmigo? Porque la persona que te envía debe tener preconcebido un plan y en ese plan, compréndelo, tu último papel es el de conejo de Indias...

—¿Conejo de Indias? —inquirió, desconcertado.

—Claro —afirmó Stanley—. De todas esas muertes acaecidas, la hermana de Stella, el joven vestido de mecánico, el doctor Russell, alguien ha de responder a la justicia, ¿no?

—Ese no seré yo.

—Sí, serás tú. En primer lugar, porque has sido tú quien has llevado a cabo esas muertes. En segundo lugar, porque la misma persona que te ha cogido bajo sus órdenes, te delatará a la policía... Sí, será exactamente esa persona la que, achacándote esas muertes y quizá incluso algo que no hayas hecho, te llevará directo a la horca... Esta vez no tendrás salvación. Estás irremisiblemente perdido.

Robert Edward se había quedado tan perplejo, tan desconcertado que, por unos instantes, se le vio como articulado. Como si, formado su cuerpo de simples piezas, se hubiera estropeado el engranaje que les daba movimiento.

No obstante, reaccionó. Lo hizo diciendo:

— ¡Bah!, lo dices para asustarme. Tú no puedes saber eso porque ni siquiera sabes quién es la persona para la que trabajo.

—Eso lo crees tú, y por lo visto ella...

—¿Ella? —barbotó Robert Edward.

Vanessa seguía en el mismo lugar, aunque ya no tan inmovilizada como antes. La presencia de Stanley le había devuelto la vida, y nunca mejor empleada la expresión.

—Sí, ella —afirmó el joven, rotundo—. ¡Stella! ¡Stella!

El desconcierto de Robert Edward aumentó. Al poco había de argumentar:

—Creía que iba a decirme Warren Reed...

—Para hacerse con el dinero de Vanessa, a Warren le sobraba casarse con ella, tal como no hace mucho ha dicho su tía —repuso Stanley—. Así, pues, Warren quedaba descartado de posibles sospechas, y había que pensar en algo más allá... Y pensando, pronto se había de llegar a la conclusión de que esa persona debía ser, ante todo, alguien que supiera que el doctor Russell tenía grandes deudas de juego... Deudas que amenazaban con destruir su porvenir y su prestigio...

Ahora, Robert Edward se había quedado mudo.

—¿Quién podía ser esa persona? Uno tenía en seguida que pensar en Stella, hasta hace poco corista de una revista... Mujer joven y hermosa que, mejor o peor acompañada, debía frecuentar lugares como ése... en el que el

doctor Russell había perdido cantidades tan elevadas de dinero.

Otra pausa.

Stanley Harrison continuó:

—Tras breves indagaciones, en seguida me enteré de que, en efecto, Stella solía frecuentar las casas de juego, y no sólo eso, ya que había conversado en más de una ocasión con el doctor Russell. Ya tenía yo en la mano, pues, el inicio de la historia...

Se detuvo de nuevo, y después de una pausa prosiguió, desconcertando cada vez más y más a Robert Edward con la lucidez de su mente. Algo que su adversario no poseía. Por descontado que no.

—También me enteré de que Stella se veía a menudo, aunque en estas ocasiones de un modo discreto, encubierto, con un joven... Pensé que ese joven podía ser Warren. Debían haberse conocido y Warren habría caído preso de sus muchos encantos. Pero Warren era en el fondo un hombre honrado y no sabía cómo decirle a Vanessa que había cambiado de parecer. De ello, claro, que fuera dándole largas al asunto de la boda. Tampoco Stella le apremiaba a ello, por el contrario le decía que se tomara tiempo, que lo hiciera con tacto. Stella necesitaba tiempo para actuar... Mientras tanto, no le negaba su amor... Y no sólo eso, para acallar los celos de Warren, había dejado la revista y se había decidido a ir como señorita de compañía a la casa de su tía... Por el propio Warren se había enterado que había puesto un anuncio en el periódico, así que lo tuvo sencillo... Sí, eso lo supo por Warren... En realidad, era también por Warren por quien sabía que Vanessa le había dicho en una ocasión: «Si algo malo fuera a pasarme, haría testamento a tu favor.» Y a partir de aquel momento, Stella había sabido ya, sin necesidad de más, lo que tenía que hacer... Sin que Warren lo supiera, claro...

Robert Edward pestañeaba. Que todo aquello pudiera ceñirse a la verdad de los hechos, ni terminaba de entrarle en el cerebro, ni terminaba de salirle. Sólo se lo estaba dejando como agarrotado.

Stanley prosiguió:

—Stella habló con el doctor Russell, diciéndole que ella le pagaría todas sus deudas y le salvaría. Sólo hacía falta que colaborara con ella. Le dijo cómo hacerlo. Acto seguido, convencida y pagada por el propio doctor Russell, su ex sirvienta empezó a poner unos polvos en todo aquello que comiera o bebiera Vanessa... Era actualmente su sirvienta, así que hacer eso le resultaba sumamente fácil... Y así llegamos a que Vanessa, aquejada de fuertes dolores de cabeza, acudiera al doctor Russell... Precisamente a él, pues era su médico de siempre... Esto también lo sabía Stella, por el propio Warren... Y llegamos ya al momento en que el doctor Russell se las arregló para que Vanessa creyera que padecía una enfermedad incurable... Pero para terminar de convencerla, faltaba que sufriera alucinaciones... Es por eso que Stella, cuando la policía te persiguió a ti, Robert Edward, ella te ayudara y te protegiera en la casona, en la buhardilla o en el sótano, para el caso es lo mismo... Sí, te protegió, pues iba a necesitar quien matara una y otra vez... Y

para matar e incluso descuartizar, ¿quién mejor que un buen asesino?

Stanley Harrison hablaba con absoluto convencimiento, con voz fuerte, firme, serena. Sin dar síntomas.de la menor vacilación.

—Stella debió ponerse de acuerdo con la enfermera del doctor Russell, así que ella debió decirle que éste se había citado con un joven en la carretera... Con el mismo joven que en otra ocasión, días atrás, ya se presentara en el consultorio interesándose por la salud de Vanessa... En conclusión, que te encargaron acabar con el doctor Russell, lo que, por lo que vi, supiste hacer muy bien. Una muerte más en tu haber, Robert Edward. Bueno, por una más ya no viene, ¿no crees? La horca la tienes asegurada desde que mataste a la hermana gemela de Stella, y luego al joven vestido de mecánico... ¿Por qué a la hermana de Stella? Porque, evidentemente, ella debía sospechar que su hermana se llevaba algo muy sucio entre manos y eso no le convenía a Stella. Además, matándola y descuartizándola, y luego apareciendo ella como señorita de compañía, darían comienzo las alucinaciones de Vanessa... Porque Vanessa iría a la casona, eso lo daba por descontado. ¿Adónde iba a ir, después de enterarse del diagnóstico del doctor Russell, si sólo tenía a su abuelo y ante él no se atrevería a presentarse? El abuelo la conocía demasiado bien y en seguida hubiera comprendido que algo muy malo le sucedía... En cuanto a quedarse sola en su lujoso apartamento de la ciudad, oh, no, se vería incapaz de eso...

Se interrumpió una vez más. Las deducciones formaban por sí solas una historia bastante larga. Y aún faltaban cosas que aclarar...

—Para una nueva «alucinación», Stella contrató, por medio de un anuncio en el periódico, a dos hermanos gemelos... Uno arreglaría el coche de Vanessa, cuya rueda se habría desinflado... Ya habría sido colocado en la carretera lo preciso para que se desinflara... El otro, haciéndose pasar por el gerente de una fábrica textil, le propondría a Warren un magnífico negocio... Warren Reed, ansioso por hacer dinero y poder ofrecérselo a Stella, se tragaría el anzuelo con suma sencillez. Todo, pues, iba tomando cuerpo a gusto de Stella... Quien, una vez logrado que Vanessa hiciera testamento, lo tendría todo arreglado... Te mandaría eliminarla, como sin duda ahora te lo ha mandado, y una vez muerta todo quedaría arreglado a las mil maravillas... ¡Pero, majadero! —dio dos pasos hacia Robert Edward—, ¿no comprendes que Stella pretende dejar a Warren Reed fuera de toda sospecha y que si alguien ha de responder de todo, ese alguien no puede ser nadie mejor que tú...? ¿Cómo no va la gente a creer en tu culpabilidad, si ya tienes en tu haber, convictos y confesos, la muerte de cinco mujeres...?

Robert Edward se había puesto a temblar. No había terminado de entender muy bien todo lo que le habían dicho, pero sí había comprendido lo suficiente para saber que, de un modo u otro, estaba en grave peligro.

—Y ahora —dijo Stanley Harrison alzando la voz— salga de donde está, Stella. Sé que nos está oyendo... Sé que nos ha oído perfectamente... Ande, salga, y dígame si tengo o no razón en todo lo que he dicho...

Tampoco en esto se había equivocado. Stella estaba allí cerca, tras unos árboles, hacía ya bastante rato, escuchándoles. Ahora dio unos pasos, dejándose ver. Su belleza se había transformado y en ella, ahora, todo tenía mucho de diabólico.

—En todo ha acertado, Stanley —admitió—, es usted un tipo listo... Aunque no tanto en el último capítulo de esta historia, porque yo llevo una pistola en la mano... Dése cuenta, me basta apretar el gatillo un par de veces para acabar de una sola vez con los dos, con Vanessa y con usted...

Vanessa, nuevamente muy asustada, se protegió, se apretó, contra el cuerpo de Stanley.

—No temas —susurró éste. Y añadió, ya con tono audible—. En cierta ocasión, me vi ante Robert Edward y su cuchillo, y para autodefenderme le dije que llevaba encima una pistola... Era una mentira, sólo una forma de impresionarle, lo que por lo visto conseguí... Pero ahora sí la llevo, Stella, así que le aconsejo...

—No está en condiciones de darme consejos, al menor movimiento apretaré el gatillo... Por lo demás, no volveré a ser tonta... Sí, lo he sido al no temer que, a mi nuevo anuncio del periódico, pudiera presentarse usted, el joven que se estaba preocupando por Vanessa más de la cuenta... Días atrás, interesándose por su salud en el propio consultorio del doctor Russell, después encarándose abiertamente a Robert Edward... Últimamente, presentándose aquí como el encargado de arreglarnos el televisor... Sí, desde luego ha sido una lástima que yo no le conociera a usted... No hubiéramos llegado tan lejos... Pero, ¡basta!, se ha acabado la conversación. ¡Robert —fulminó con su mirada al asesino—, mátale ahora mismo! Yo te cubro con mi pistola, por si acaso...

Alentado por estas últimas palabras, aunque ya no tan seguro de lo que hacía ni de cuál iba a ser su futuro, Robert Edward se lanzó hacia adelante.

Pero Stanley dijo, tranquilamente:

—He avisado a la policía. Está rodeada esta zona. No tienen nada que hacer.

Un nuevo desconcierto por parte de Robert Edward, y también de la propia Stella. Desconcierto que Stanley aprovechó para llegar hasta Robert Edward, ponerle una zancadilla, darle un furibundo golpe de karate y dejarle tumbado en el suelo. Quedando él protegido tras aquel cuerpo descomunal, mientras cogía su cuchillo.

Un cuchillo que lanzó sobre Stella, mientras ella disparaba varias veces. Pero las balas se incrustaron en el cuerpo de Robert Edward, no en el cuerpo del joven.

Por el contrario, el cuchillo de Stanley sí dio donde quería dar. En las ferias, Stanley siempre se llevaba premios en el juego de lanzamientos de cuchillos. ¿Acaso éste no era un juego más...? Si bien, claro, un juego macabro, espeluznante.

En esta ocasión, el cuchillo rasgó el hombro de la hermosa joven. Nada de

particular, pero sí lo suficiente para que lanzara un grito de dolor y soltara la pistola.

Corrió Stanley hacia allí, cogiendo el arma, y ya con ella en la mano apuntó a la propietaria de aquel cerebro, quizá anormal, tal vez paranoico, que había tramado toda aquella pavorosa historia.

—Se te acabó la cuerda, preciosa —le dijo—. Tendrás suerte si te llevan a un centro psiquiátrico.

En aquel momento, entre los árboles, aparecieron los policías. En esto Stanley no había fanfarroneado. Los había llamado y estaban acordonando la zona.

CAPITULO XI

—Ya se han acabado mis vacaciones —repuso Stanley Harrison, mirando a la muchacha—. Debo reintegrarme a mi puesto de piloto. Pero a mi primer permiso te llamaré...

—¿Para qué? —preguntó Vanessa, si bien con un tono un tanto malicioso.

—Para invitarte a ir a bailar... ¿Aceptarás?

—Si en la invitación al baile va incluida una declaración de amor, sí aceptaré.

—¿La invitación o la declaración? —preguntó.

—Las dos cosas.

—No será sólo por agradecimiento, ¿verdad? —pero Stanley Harrison, como siempre, estaba muy seguro de sí mismo.

—Si no hubiera sido por ti —dijo Vanessa—, ahora estaría vencida por el espanto, en manos de mis enemigos... Puede, incluso, que estuviera ya muerta... Pero no, no es por agradecimiento que aceptaré... Es porque te quiero...

—Yo a ti también...

Dejaron las palabras. Se acercaron uno al otro y unieron sus labios en un beso muy largo.

FIN